

REVISTA NACIONAL

DE

LITERATURA Y CIENCIAS SOCIALES

Año III—Tomo II

Montevideo, 25 de Enero de 1897

Número 44

REDACCIÓN:

Daniel Martínez Vigil.
Victor Pérez Petit.
Carlos Martínez Vigil.
José Enrique Rodó.

APARECE LOS DIAS 10 Y 25 DE CADA MES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En la Capital, por mes	\$ 0.50
En campaña " " " " " " " " " " " "	" 0.60
En el exterior " " " " " " " " " " " "	" 0.70
Numero suelto " " " " " " " " " " " "	" 0.30

CENTROS DE SUSCRIPCIÓN:

Librería Nacional, de Barreiro y Ramos.—Librería del Ateneo, de Sierra y Antuña.—"El Anticuuario,"—Joya Literaria, de Cuspinera, Teix y C.^a

ADMINISTRACIÓN:

CALLE TREINTA Y TRES, NÚM. 219

SUMARIO:—COLABORACIÓN VENEZOLANA, por Daniel Martínez Vigil—CARTA DE MANUEL DÍAZ RODRÍGUEZ—RITMOS, por Victor Arreguine—EL JAY! DE LA ORFANDAD, por Tomás O'Connor D'Arlach—ARTE, por Alejandro Ghigliani—LA REINA IMPURA, por Guzmán Papini y Zas—LOS MODERNISTAS: LEÓN TOLSTOÏ, por Victor Pérez Petit—MARINA, por Germán García Hamilton—UN NIÉPITO DEL DECADENTISMO: VERSOS, por Carlos Alfredo Becú—CONGOJAS, por José Salgado—FÉSTERRE, por Manuel B. Ugarte—MINIATURA, por Manuel M. Oliver—DOCUMENTOS HUMANOS, por Osvaldo Saavedra—CARNAL, por José Tardo—CUENTOS MARCALES, por Adolfo M. Delgado—AMOROSA, por Gonzalo Larriera Varela—MEDICINA LEGAL, por el doctor José Ferrando y Olaondo—NOTAS BIBLIOGRÁFICAS—SUELTOS.

COLABORACIÓN VENEZOLANA

MANUEL DÍAZ RODRÍGUEZ

Manuel Díaz Rodríguez es el primero de los jóvenes literatos de Venezuela y uno de los más sobresalientes prosadores de la novísima generación americana.

Su primer libro, *Sensaciones de Viaje*, lo celebrizó. Escrito con gallardía primorosa, revela que la pluma que lo ha trazado tiene los variados colores de la paleta, las cadenciosas vibraciones de la lira y el poder creativo del cincel. En sus páginas hay cuadros que son destellos, párrafos que lucen la rítmica forma de la estrofa, y paisajes y tipos, naturaleza y costumbres de otros pueblos y de otras razas puestos de relieve, vivientes en la serena y fría plasticidad del mármol. La crítica del Continente fué unánime en su fallo sobre el mérito del libro y las condiciones literarias del autor.

No es Díaz Rodríguez un observador filósofo á lo Taine, que encuentra en el medio ambiente la explicación de los caracteres étnicos, el porqué de las leyes mentales de las grandes entidades colectivas; pero sí una naturaleza artística que reproduce, embelleciéndolas, las excitaciones exteriores, y un escritor de raza al que no le son des-

conocidos los secretos del arte de sentir hondo y de narrar primorosamente.

Como un homenaje al brillante talento del joven estilista venezolano, hacemos nuestras las hermosas y justicieras apreciaciones de Pedro Emilio Coll, el conceptuoso y elegante autor del prólogo de *Confidencias de Psiquis*, segunda de las obras publicadas por el celebrado escritor caraqueño cuya personalidad literaria ligeramente se bosqueja en estas páginas.

Díaz Rodríguez no ha sido un psicólogo errante á la manera de Stendhal; su primer libro es una odisea de artista, un primoroso álbum de acuarelas en donde irradia la luz italiana, el sol que dora los mármoles florentinos, que penetra en las iglesias matizado por las vidrieras policromas, que besa el seno de la diosa y la frente de la virgen, entibia el agua de los canales venecianos y en las campiñas acaricia la piel del durazno y endulza el licor capitoso de la uva.

Va Díaz Rodríguez por ciudades y aldeas aprisionando, con la sutileza de su miopía, los detalles plásticos del paisaje, la iluminación de la hora, la línea y el colorido. En el libro predominan las sensaciones visuales no anotadas inmediatamente sino después de haber sufrido una cristalización espiritual.

Y á ello se debe sin duda la impresión de melancolía que se vislumbra tras la impecable serenidad del estilo. Bien miradas, no son sensaciones de viaje las que el autor apunta, sino recuerdos de sensaciones. Recuerdos ¡ay! de cosas que tienen toda la belleza de lo efímero, de lo fugaz, de lo que nunca más ha de volver, de lo que pasa como una estrella errante en la noche El *leitmotiv* del libro es una tristeza delicada y aristocrática que idealiza la descripción y la convierte en un estado de alma.

Es, en nuestra opinión, el libro de Díaz Rodríguez, en su género, el más donosamente escrito que haya brotado de la pluma de viajero americano. Ni la admirada obra de Miguel Cané, ni las originales correspondencias de Eduardo Wilde, ni las apuntaciones de viajes de Martín García Mérou, dispersas en sus artículos de crítica, ni los recuerdos de las excursiones del castizo y correcto Santiago Estrada, ni las *Resonancias del camino* de nuestro compatriota Zorrilla de San Martín, pueden compararse con *Sensaciones de Viaje* desde el punto de vista de la factura literaria. Es, sin duda alguna, más curioso el libro de Cané, por lo nuevo de los temas que trata, por lo exótico de las costumbres que pinta y por el interés que despierta en todo americano la vida de estos pueblos; y hay verdadero humorismo y observaciones curiosísimas en las páginas volantes del doctor Wilde, así como clásica

amenidad en las de Estrada y animación y espiritual ligereza en los estudios anecdóticos de García Mérou. Pero ninguna de estas obras ostenta el afligranado pulimento literario de Díaz Rodríguez, que tiene la concisión elegante, el relieve marmóreo, escultural del estilo de Flaubert, y el brillo, colorido, tonalidad y timbre, si así podemos expresarnos, del de los Goncourt. Relampagueos de facetas, trepidaciones de notas, coloridos de tonos, severidades de líneas: todo ello exorna el ropaje de sus producciones, relucientes como carbúnculo, como el verso aladas, vibrantes como el arpegio.

Invitado por el autor de estas líneas, en nombre de la Redacción de la REVISTA, á figurar en el número de sus colaboradores, he aquí la galante respuesta de Manuel Díaz Rodríguez, cuyos trabajos intelectuales pueden justicieramente valorarse como luminosas manifestaciones artísticas del pensamiento de su patria.

DANIEL MARTÍNEZ VIGIL.

Caracas, diciembre de 1896.

Señor Daniel Martínez Vigil

Montevideo.

Muy distinguido compañero:

Recibí y he leído con gran placer la colección de la REVISTA NACIONAL que V. ha tenido la amabilidad de enviarme.

Agradezco á la REVISTA el fino concepto que le ha merecido «Sensaciones de Viaje», y á V., en particular, agradezco mucho los hermosos párrafos que V. en su carta consagra á mi libro.

Pronto corresponderé como es debido á la cortés invitación que V. me hace á colaborar en la REVISTA.

Al mismo tiempo que esta carta, llegará á sus manos «Confidencias de Psiquis», nuevo libro mío que acabo de publicar. Deseo que V. lo lea y que después de leerlo diga—si lo cree conveniente—con toda sinceridad y franqueza lo que piensa sobre él.

Antes de terminar esta carta, permítame que le exija el que me considere desde hoy en adelante como un amigo. Creo que puedo llamarlo así por los muchos lazos de compañerismo que nos unen. En efecto, por más de un motivo somos compañeros: por la edad, por lo reciente de nuestra iniciación en la vida literaria, por comunidad de ideas—según deduzco de sus magistrales «Símbolos»—y por el mismo ideal que perseguimos.

S. S. S. y amigo

M. DÍAZ RODRÍGUEZ.

RITMOS

EL REY LEAR

Le azota la nieve....
Y el viento enmaraña su blanco cabello.
¡Cuánta nieve del Polo ha venido
A batir su flacura de viejo!

Un lobo le sigue....
Le sigue olfateante y hambriento:
Roer le parece la triste
Miseria de un hueso.

Mira al rey.... Mira al rey y olfatea
La senda del suelo.
¿Qué habrá visto del rey en los ojos
Que se aleja por otro sendero?

Ha visto una chispa,
Un relámpago ha visto de fuego:
El furor de la vieja mirada
Que abatía las frentes del pueblo!

AL GENOBITA

Ogro benigno, cenobita
De alma de niño y frente calva,
Ruega á tu Dios por el que muere
Y por el cazador del ave blanca;

Por el que peca horriblemente,
Por el que incendia y roba y mata.
Por el que sube no te inquietes;
Inquiétate por el que baja.

Aun por Satán soberbio y triste
Ruega á tu Dios. Y tu plegaria
Tal vez á su alma de ángel negro
Haga bajar una luz blanca.

VÍCTOR ARREGUINE.

EL ¡AY! DE LA ORFANDAD

Cuando pienso, madre mía,
Que en el mundo no he de verte
Nunca más;
Que en la negra tumba fría,
Bajo el manto de la muerte
¡Ay! estás;

Aborrezco la existencia
Y es el mundo un gran desierto
Para mí.
No me alienta tu presencia;
Todo pareceme muerto,
Ya sin ti.

Soy el huérfano perdido
En la noche desolada
Del dolor;
Lanzo al viento mi gemido
Y te llamo, madre amada,
Con amor!

Mas nadie oye mi lamento!...
El ¡ay! que en su noche lanza
La orfandad,
Lo contestan sólo el viento,

La negra desesperanza
Y la mustia soledad.TOMÁS O'CONNOR D'ARLACH.
(Boliviano.)

Tarija, 23 Enero de 1897.

ARTE

El artículo que luco en esta página es un capítulo de una obra que, con el título de *Arte Argentino*, brevemente se pondrá á la venta en las librerías de la capital vecina.

Su autor es el joven argentino Alejandro Ghigliani, inteligente miembro de la redacción de *El Tiempo*, importante hoja del diario bonaerense.

I

El sentimiento de lo bello y de lo feo, que es la base natural del Arte, pese á las mil definiciones que de él se han pretendido hacer, existe en todos y en cada uno de los seres humanos. Este sentimiento estético no es, sin embargo, patrimonio exclusivo del hombre. También los demás seres vivientes, á pesar de sus organismos inferiores, poseen la intuición de que la Belleza es simpática y la Fealdad repulsiva. Infinitas pruebas de esta facultad instintiva se conocen ya para que creamos necesario indicar otras.

Lo que en el animal es instinto, en el hombre moderno es ciencia de lo bello, es sentimiento artístico, es *alma*; pero en los hombres primitivos era, como en el animal, un simple instinto.

El sentimiento ineducado produce, en el que lo siente, una especie de sugestión más dolorosa que agradable. Nota el individuo que en su interior se agita algo, que es grande porque ruge, pero ese algo no puede manifestarse por medio de formas exteriores. Y entonces sufre, como debe sufrir el mudo al hacer esfuerzos para modular los sonidos que se niegan á brotar de su garganta.

Cuando veáis, entre un grupo de gentes que admiran algún cuadro ó alguna estatua, un individuo con la boca y los ojos desmesuradamente abiertos, tenedle compasión. ¡Es un desgraciado que siente el Arte sin llegar á comprenderlo! Es el cuerpo de un moderno con el alma de un prehistórico.

La sensación estética que hacía desgraciado al hombre ignorante de la edad de piedra, iluminó el cerebro de los inteligentes. Con un poderoso esfuerzo buscó formas exteriores para expresar sus sentimientos, tuvo necesidad de una válvula para que pudiera escapar por ella el exceso de vida que hervía en su interior.... y entonces surgieron los primeros esbozos del Arte. Con sus manos inhábiles trazó las primitivas formas rústicas que, pasando por hombres y siglos, habían de convertirse en el gran arte de la edad moderna.

Las medias tintas de una sombra amada, al proyectarse en la pared, hicieron nacer la primer concepción del dibujo. La hija de Sición, al dibujar la sombra de su amante, no pensó que trazaba en ese momento el camino por donde debía lanzarse el cerebro

humano para conquistar un nuevo mundo, un mundo todo intelectual.

La leyenda del Arte nos cuenta el episodio de Dibutade, la hija de Sición, y hay que creerla, porque el niño que nace del Amor forzosamente debe ser bello, y el Arte, que también es bello, no puede ser sino hijo del Amor.

Descubierta la nueva fuente de creación, el dibujo afina sus rudezas, adquiere la sugestión del colorido y alcanzando el máximo relativo de perfección llega, desde los hipogeos de Tebas y Karnack hasta el siglo del pontífice Julio, recibiendo allí un impulso tan poderoso que, después de cuatro siglos, aun conserva la energía inicial.

Hecho carne el verbo, se quiso buscarle una explicación científica, ya que la ciencia todo quiere averiguarlo y todo pretende saberlo.

Unos recurrieron á la fisiología y otros hablaron del afán de imitación que siempre ha sentido el hombre. Ambos tienen razón, la razón científica; pero el verdadero Arte, el que avanza y produce sin explicaciones posibles, mantiene todavía ocultos todos sus secretos. El genio es demasiado grande para que pueda encerrarse en los estrechos límites de los libros. Su mejor ciencia ha sido y es la del alma. El hombre, al contemplar un espectáculo, conoce si éste le produce placer ó dolor. Si lo primero, es bello. Si lo segundo, es feo. Á esto se concreta toda la ciencia estética. El artista crea una obra: si es admirada, si con su muda elocuencia sabe hablar al espectador, esa obra es una obra de arte y su autor merece el dictado de artista, porque sabe crear. De lo contrario, no pasará de un simple copista de la naturaleza.

La contemplación de una obra de arte dignifica al hombre, lo eleva en su propio concepto, lo arranca por un momento á la influencia del medio en que vive, de ese medio aplastador que en la vida moderna hace de cada sér humano y pensante una máquina destinada única y exclusivamente á trabajar por su alimento, por el alimento de su mujer y de sus hijos.

« Los obreros, escribió Max Nordau no hace mucho tiempo, al reclamar los tres ochos no lo hacen por querer tener tiempo para embriagarse y descansar, sino con el fin de poder tener algunas horas durante las cuales cesen de ser instrumentos mecánicos, volviendo á ser hombres, viviendo la gran vida universal. » Para esto basta una cosa: « el arte que puede dar á la humanidad moderna lo que más le hace falta: permitir al hombre esclavo de la especificación del trabajo volver á la vida compleja del mundo y devolver la libertad del espíritu al hombre esclavo de una ineludible y necesaria exigencia social. » Pero este arte no puede ser, por cierto, el arte tradicional, « sino el arte que sepa enseñar al pueblo el respeto de sí mismo. Dos obras hay que pueden ser las precursoras de ese arte del porvenir: el *Angelus* de Millet y *Le Forgeron* de Meunier »

Todos, grandes y pequeños, pobres y ricos, poseen esa fibra sensible de que hablamos al principio. Más ó menos desarrollada en cada uno, arranca voces arrobadoras ó roncos alaridos: tenores y coros. Los prime-

ros son los artistas; los segundos pueden formar el público.

Colocados en campos diversos, no chocan sino cuando hay diversidad de apreciaciones en lo que ambos buscan: la belleza.

Si el artista no expresa en su divino lenguaje lo que su alma siente; si se equivoca interpretando mal lo que tiene sólo una interpretación en todas las razas y en todos los idiomas, entonces salta el hilo simpático que lo unía al público y el choque se produce, potente, espantoso en su grandeza, porque ambos adversarios son fuertes y son grandes.

Uno de ellos debe aceptar el fallo del otro. En este caso el artista inclina siempre su cabeza ante la majestad de la multitud, que protesta de que se pretenda darle una belleza que no es la verdadera, la que él siente, la que no puede expresar.

En estas derrotas no hay ignominia. El genio del hombre es vencido por el sentimiento de una muchedumbre ignorante, que no conoce siquiera la Idea, incapaz de explicarse por qué esto le gusta y aquello le desagrada, que tiembla de emoción ante las dulzuras de la curva y protesta de la línea recta, con un sentimiento instintivo como el de la bestia; pero que, á pesar de todo esto, sabe imponerse, porque su grito es abrumador cuando canta y terrible cuando llora.

Hacedle comprender á un campesino por qué siente la influencia excitadora de un bello día lleno de sol; decidle que en las burdas células de su cerebro abotagado germina una cosa que se llama idea, que elabora y trasmite á todo su organismo esa sensación encantadora del sol y de la luz. Decidle todo esto, y os contestará con una sonora carcajada.

¡Es natural! ¿Acaso él tiene ideas? ¿Acaso no siente el calor del sol porque sí, porque le pica la piel erizándose con sensaciones nuevas, voluptuosas y tal vez desconocidas hasta entonces?

El no piensa: Siente. No conoció á Aristóteles, pero cínicamente se burla de Platón.

Y como este campesino, hay miles, tal vez millones. Pasan todo un día con la boca abierta escuchando una banda de música, ó ante una tela ó un mármol, admirándolo sinceramente, pero sin conocer sus defectos ni darse cuenta de sus bellezas; lo admiran en conjunto sin entrar en detalles.

Esta es la fuerza del arte. Por ella se impone y por ella se impondrá siempre.

ALEJANDRO GHIGLIANI

Buenos Aires.

LA REINA IMPURA

Á mi amigo Florencio Moreno.

I

¿No la veis en la orgía de la chusma,
Hermosa, provocante, desgredada?
¿No la veis sonreír prostituida
Entre los brazos de la vil canalla?

II

¿Dónde estás, o de qué pudor, que ya no tienes
El bello rostro de mi joven patria?
Ah! ¿dónde están las rosas de pureza
Con que alfabrazas la senda de las almas?
¡Oh! eterno espectador del desenlace
De mil tragedias ó de la bestia humana,
¿No te horrorizas de la intriga infame
Que va tejendo, asal componer su drama,
Una reina gentil que se ha desgarrado
Las blancas vestiduras de su alma,
Para entregarse á la lujuria hambrienta
De unos hijos terribles que la matan,
De unos cuervos de Mal que, al remontarse
De la ambición en las pujantes alas,
Forman negras coronas que fluctúan
Sobre su hermosa cabellera sacra,
Cual negra nube que, cual buitre inmenso,
La copa de los bosques amenaza;
Como anatema de un Satán terrible
Ante la aureola de la estirpe humana;
Cual diluvio de sombras detenido
Por los esfuerzos de ciclópica raza!

III

Esa reina era un ángel, una virgen.
En su sonrisa, luminosa y casta,
Brillaba la sonrisa de los cielos,
Brillaba una sonrisa de alborada,
Y su traje de reina ii maculado
Era un traje de purpuras sagradas,
De trozos de celajes de una aurora
Que centelló sobre extensión de grana
En los campos sangrientos de Ituzáingo,
Esa cuna sangrienta de la patria,
Cual la luz de los cirios centellea
Con resplandores de divinas albas
Sobre el rojo mantel de los altares
En que hay santos de amor y de esperanzas,
Sobre el rojo misal del sacerdote
Que al pueblo anuncia una celeste patria!

III

Hoy, trapajosa, vistada sólo andrajos,
De banderas divinas desgarradas
En las fiestas infames de la orgía
Por la vil mano de una vil canalla!
Su seno pecador ya no es el lecho
De dos rosas purísimas de nácar;
Es la Biblia de carne es en que se encuentra
Un libro escrito con poponidas llagas,
La historia de una reina prostituida,
La historia vergonzosa de mi patria
Dictada por el genio ilibertino
De una vil chusma, de una vil canalla!

VW

Sus horas balsámicas, en medio
Del gran festín de sus bajezas, pasan
Brillantes y rastreras, como las ondas
Del mar azul en la extensa playa!
Y sus ojos, tan bellos, tan divinos,
Ya no tienen olímpicas miradas;
Ojos enfermos de una vil ramera,
Ojos cansados que no didican nada
Son los ojos espléndidos que otrora
De amor de gloria y de grandeza hablaban!

VI I

Regia hermosura, si ille va ste un día
Los besos de tus hijos por reguinalda,
Hoy llevas las caricias de los cuervos,
Hoy llevas la corona ennegrecida

Que forman las heridas que te abren
Cuando te estrechan con sus viles garras,
Como lobos que juegan con la presa,
Cuando acarician tu belleza pálida
Y lastiman tu frente primorosa,
No cual rayos que hieren la montaña,
Porque el rayo, al herir, da resplandores,
Y ellos te enlodan y tu brillo empañan!
No como el Sol que, al castigar la aurora
Con su látigo de oro, la abrillanta,
Sino cual las calumnias que sombrean
La blanca estela de una vida casta;
Lastiman cual las sombras postrimeras
Con que azotan las Noches espantadas
Más de un cielo magnífico que incendian
Resplandores de cráter de alborada!

VII

Poetas orientales, flageladle
Las curvaturas de esa hermosa espalda!
¿Que tiene algo de arcángel? ¡Oh! sí, tiene
Las alas del Luzbel, las de la infamia!
El canto vengador suelten las liras,
Un canto vengador que, cuando caiga
Sobre ese torso de mujer preciosa,
Torso de Venus, de gentil estatua,
Sea lluvia de fuego de la mente,
Sea un raudal de luminosa lava
Que sepulte ese emblema de Sodoma,
Á esa beldad que entre la chusma se halla,
Cual el fuego de Dios que cual pedazos
De lá bóveda azul iluminada,
Como una lluvia torrencial de estrellas,
De chispazos de alturas incendiadas,
Sepultó en un sarcófago de lumbre
Á Sodoma, la hermosa acanallada!

VIII

¡Oh! Señor, tú en un día perdonaste
Á Magdalena sus terribles faltas,
Y hoy en las voces de mi joven lira
La impura reina mis blasfemias halla!
Perdóname, Señor, si no te imito;
Perdóname estos odios y estas rabias;
Perdóname, Señor; ella es mi madre;
Perdóname, Señor, porque es mi patria!

GUZMÁN PAPINI Y ZAS.

LOS MODERNISTAS

LEÓN TOLSTOÏ

« Era un hombre de unos cincuenta años,
de rostro pálido, señalado por las viruelas,
largos cabellos grises y algunos pelos de
barba rojizos. Era tan alto, que tuvo literalmente
que doblarse para pasar por la puerta. Su traje era de girones y de una forma
indefinible: era un término medio entre cafán
y sotana. Llevaba en la mano un enorme
bastón con el que golpeó el suelo con
toda su fuerza al entrar; luego frunció las
cejas, abrió una boca desmesurada y lanzó
una carcajada espantosa. Era tuerto, y su
ojo sin vista, siempre en movimiento, acababa
de hacerlo horroroso.

— ¡Ah, ah! ¿Atrapado? — gritó acercándose á Volodia y cogiéndole la cabeza.
Le examinó atentamente el cráneo, lo soltó,

se acercó a la mesa y sopló con aire muy serio bajo el hule, haciendo cruces debajo. — ¡Oh, oh, oh! ¡Qué lástima!... ¡Oh, oh, oh!... ¡Mal hecho!... ¡Oh, oh, oh! ¡Pobrecitos!... ¡Ha volado!... »

Aquel hombre era Gricha. ¿Quién era Gricha? El padre y la madre de León Tolstói se querellan sobre el particular. Mientras aquél lo juzga un farsante, ésta opina que es un santo de Dios.

«No me han faltado las ocasiones para estudiar esa casta de pájaros — siempre tienes la casa llena de ellos — todos están cortados por el mismo patrón. Eternamente la misma historia... Me irrita cuando veo a gentes inteligentes é instruídas dejarse engañar.

«Te contestaré una solución. Es difícil admitir que un hombre que va descalzo en invierno y en verano, a su edad, que lleva siempre bajo sus ropas una cadena que pesa más de sesenta libras, que ha rehusado siempre cuando se le ofrecía una vida tranquila donde todo lo tuviera costeadado, es difícil admitir que este hombre haya hecho todo esto únicamente por pereza.»

¡Ah! ¿conque Gricha lleva debajo de las ropas una cadena de sesenta libras? Esta noticia excita la curiosidad de los niños. Es necesario averiguar si aquel hombre extraño, cuya procedencia es tan desconocida como sus padres y como el género de vida que lleva — una vida errante y misteriosa, recorrida entre sollozos y palabras incoherentes, — es preciso cerciorarse si, aquel hombre es un farsante, según la opinión del papá, ó un santo, según la de la buena madre. Hay que ver esa cadena, — se dijeron los niños; y, silenciosamente, desde un escondrijo se pusieron a espiar á Gricha.

«Andaba sin ruido, llevando en una mano su cayado y en la otra una candelita en un candelero de cobre. Conteníamos el aliento.

«¡Señor Jesucristo! ¡Virgen santísima! ¡En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo!... »

«Se interrumpió para respirar y comenzó de nuevo con las varias entonaciones y las abreviaturas usadas únicamente por las personas que repiten á menudo estas palabras. Sin dejar de rezar, dejó el cayado en un rincón, examinó la cama y comenzó a desnudarse. Soltóse el viejo cinturón negro, se quitó lentamente la blusa de nankín, la dobló cuidadosamente, y la puso en el respaldo de una silla. Su rostro había perdido la expresión inquieta é idiota que le era habitual. Al contrario, estaba sereno, pensativo y hasta majestuoso. Sus movimientos eran lentos y reflexivos.

«Cuando estuvo desnudo se sentó dulcemente en la cama, que cubrió de señales de la cruz, y arregló sus cadenas bajo la camisa, no sin esfuerzo; se vió el esfuerzo en la contracción de sus rasgos. Contempló un instante con aire preocupado los agujeros de la camisa; se levantó, comenzando otra vez á rezar; cogió la candelita, que levantó á la altura de las imágenes; se persignó y volcó el candelero. La candelita crepitó y se apagó.»

Entonces el cuadro se hace más emocionante. Apagado el velón, sólo la luz de la

luna, esa luz tibia y macilenta que viste los objetos con nieblas de misterio, ilumina la cueva en que se debate el mísero Gricha. Los niños continúan observándole.

«Recitó al principio, muy bajo, oraciones conocidas, dándose golpes de pecho en ciertas palabras; luego volvió á comenzar las mismas oraciones, más alto y animándose; por fin, se puso á improvisar. Trataba de expresarse en eslavón, y se comprendía que esto le costaba trabajo. Aquello era incoherente, pero conmovedor. Rogó por todos sus bienhechores (llamaba así á las gentes que lo recibían en su casa), entre otros, por mamá y por nosotros; rogó por sí mismo y pidió á Dios que le perdonara sus grandes pecados; se puso á repetir: «¡Dios mío, perdona á mis enemigos!» Se levantó gimiendo, se tendió á lo largo en tierra, repitiendo siempre las mismas palabras, y se volvió á levantar, á pesar del peso de las cadenas, que hacían un ruido seco y metálico al tocar en el suelo.»

«Muchas cosas han pasado después, — exclama Tolstói al terminar este episodio de su vida, que narra en el libro *Mi infancia*; — muchos recuerdos han perdido para mí su importancia y se han convertido en visiones confusas; Gricha, el viajero, ha terminado hace mucho tiempo su último viaje; pero jamás se borrará la impresión que produjo en mí; jamás olvidaré los sentimientos que despertó en mi alma. ¡Oh Gricha! ¡Oh, gran cristiano! Tu fe era tan ardiente, que sentías la proximidad de Dios; tu amor era tan grande, que las palabras brotaban espontáneamente de tus labios; no pedías á la razón que las examinara... ¡Y con qué magnificencia loabas la grandeza del Omnipotente cuando, no encontrando palabras, te arrojabas á tierra llorando!... »

Esas es el alma de Tolstói.

El sentimiento religioso ha hecho nido en el corazón del grandioso eslavo y las ideas más puras del misticismo han batido sus alas sobre su pálida frente de visionario. Los embates de la vida, las rudas vicisitudes de su edad juvenil, las impresiones todas del mundo exterior, no han hecho otra cosa que robustecer en su alma la idea religiosa. Tolstói es el alma del neo-misticismo.

En Rusia todos son creyentes, — casi estoy por decir que lo son hasta los lectores de Schopenhauer, Moleschott y Büchner: — el «Padre Nuestro» es el primer canto que arrulla el sueño de los niños; la Biblia es el supremo código de las almas. La señal de la cruz hace amigos á los hombres, estrecha los vínculos de la familia y trae la felicidad al hogar más frío y más pobre del labriego. La religión, pues, flota allí en el aire y es respirada por todos los seres.

Tolstói es la quinta-esencia del alma rusa contemporánea. En él se han explayado todos esos encontrados sentimientos que viven embrionarios en el espíritu del pueblo. Es el Profeta bíblico; el suspirado Mesías. De pequeño, los principios de la religión consolaron sus penas más íntimas y le abrieron todo un horizonte de luces brillan-

tin. Era de genio violento y caprichoso — como dice Hugo Delff, me parece, que lo tenía el *rabbi* Jesús de Nazareth; — pero la fe mitigaba sus arranques, y si acaso en un transporte de furor caía su mano sobre su profesor Saint-Jerome, muy luego el dolor le llenaba de lágrimas sus ojos. Era entonces un fantasista que revelaba al futuro visionario: recordad aquellas admirables páginas sobre su «Adolescencia», cuando nos describe el cambio de sus ideas. Todo esto le disponía muy mal para la vida de sociedad y para los placeres que ella entraña. Es así que su estadía en la Universidad de Kasan, donde siguió, sin concluir, la carrera del derecho, fué breve, como fué breve su carrera militar y su vida de aristócrata. En el Cáucaso, donde sirvió en la misma brigada de artillería en que servía su hermano; en la guerra de Crimea, defendiendo á Sebastopol; en su vida en las ciudades de San Petersburgo y Moscow; en sus viajes por Alemania é Italia; durante su matrimonio con Sofía Bechr, — Tolstói se nos muestra como un espíritu liberal, alegre, sediento de novedades y placeres, y atiborrado de doctrinas pesimistas. «Durante treinta y cinco años de mi vida — dice él mismo en su libro *Mi religión* — he sido nihilista en la rigurosa acepción de la palabra, es decir, no mero socialista revolucionario, sino hombre que no cree en cosa alguna.» Pero, apresurémonos á decirlo, en el fondo de esas dudas y vacilaciones, en medio de todos esos arranques materialistas, aun en el seno de las diversiones que se procura, el autor de *Ana Karenine* conserva, sin sospecharlo él mismo, su espíritu religioso. Y en efecto, ¿por qué es que su espíritu busca la esencia de las cosas y revuelve filosofías y tratados? ¿por qué su alma se muestra tan anhelosa de verdades? ¿por qué juzga vanas apariencias todas las manifestaciones del mundo que le rodea, y, juzgando que no hay más realidad que la de su existencia, se lanza de lleno al nihilismo? ¿por qué acepta el pesimismo alemán y el materialismo de Grecia, formando con ambas doctrinas todo su credo de visionario? ¿por qué durante veinticinco años se ha separado del Dios de sus mayores? — Porque su corazón inquieto y su espíritu investigador y sus facultades imaginativas querían encontrar inmediatamente á Dios; porque veían la miseria y desventura del pueblo ruso; porque no encontraban un remedio poderoso para calmar la fiebre de sus ardores juveniles. Y precisamente en esto es que encontramos, latente siempre, el sentimiento religioso de Tolstói. Él mismo no lo ha comprendido en su libro *Mi religión*. Vuelto á la fe, con todo el ardor de un alma mística, con toda la fiebre de un profeta alucinado, con todos los estremecimientos de un espíritu arrepenido de sus faltas y temeroso de Dios, no ve en los actos de su vida pasada más que el Pecado. Allí donde podría descubrir una manifestación de su religiosidad, juzgala un crimen si considera que ella le llevó á la discusión científica, en vez de llevarle á la ciega aceptación que ordena la fe. El buen creyente, según lo juzga ahora el escritor ruso, es el que no vive más que para su Dios; y en tanto él pretendió

averiguar la esencia de Dios! ¡Pecado! ¡Pecado! El sentimiento religioso que se anidó en su alma desde la infancia y debilitado un tiempo por los ardores y fantasmas de su juventud, renace súbitamente en llamaradas que queman todo su sér. ¡Ah! Ahora Tolstói siente el fuego divino calentarse su pecho, y enardecer su fantasía, y despertar su caridad, y ennoblecer sus ideas; ahora Tolstói revive á la vida espiritual, y con mayores ardores, y su misticismo febriliente y loco no es el misticismo del alma latina, ese misticismo de Santa Teresa de Jesús, por ejemplo, todo imaginación y todo sentimiento, sino un misticismo emanatista que tiene mucho del panteísmo de Goethe y no poco de la contemplación extática de los fakires indostanos.

Habiendo palpado de cerca los vicios y lacéras sociales, el autor de *¿Qué hacer?* trata ahora de remediarlos utilizando los principios de la religión. Por eso predica contra el orden social establecido, ataca la misma institución del matrimonio, reclama, como lo hace en su último libro *La salvación está en vosotros*, el desarme general, enaltece la vuelta del hombre á la vida primitiva, canta al trabajo y él mismo, confundiendo con sus siervos, que ya han dejado de serlo para convertirse en sus amigos y en sus hermanos, duerme sobre la paja, se alimenta de vegetales solamente, no lee jamás, empuña el arado, lleva el agua para el riego, siega los pastos y remueve el estiércol. Y como si no fuera esto suficiente, como si no patentizara bien su fe predicando, como predica, contra todas las iglesias establecidas, y abandonando el arte que hizo glorioso su nombre — gloria que detesta y de la cual reniega — para escribir apólogos y oraciones sencillísimas destinadas á los campesinos, déjase llevar aún más de sus sentimientos humanitarios y funda su escuela de Yasnaia Poliana en sus propias posesiones. Su vida de artista febril — esa vida genial que nos dió *La Sonata de Kreutzer*, *La Guerra y la Paz* y *Ana Karenine*, eternos monumentos del arte contemporáneo — ha sido sustituida por esta otra de ciencia contemplativa mística.

¡Maldito cien veces aquel *mujik* Sutayef que vino, con sus predicaciones imbéciles, á robarnos uno de los primeros y más grandes novelistas contemporáneos!

La influencia de Tolstói en el arte contemporáneo, desde que Melchior de Vogüé lo reveló al público parisiense, es indiscutible. Hablemos, pues, del *tolstoísmo*.

¿Qué es el *tolstoísmo*? Ante todo, una doctrina moral y social. El más desenfadado desprecio por la ciencia, por las nociones de ética que aprendemos desde pequeños, y por los usos, costumbres y leyes preestablecidos, es el carácter distintivo de esa doctrina. Recordad el asunto de la novela *Marido y mujer*. Un hombre, Serguei Mikhailovich, que ya ha pasado de su primera juventud, noble, recto, severo, de ideas justísimas sobre todas las cosas, contrae matrimonio, después de muchas vacilaciones, con María Alexandrovna, la hija de un su antiguo amigo. Es ésta una joven de quince

á dieciocho años, que no conoce el mundo, que vive con los placeres sencillos del hogar y que se enamora de Serguei insensiblemente al observar en él su claro criterio, su seriedad y su benevolencia. La primera época del matrimonio vivida al lado de la severa anciana Tatiana Semionovna, madre de Serguei, es feliz y dichosa. Pero á poco, María empieza á aburrirse de aquella soledad en que vive; fastídicamente la austeridad de la casa, la nobleza altiva de Tatiana, la rigidez de los viejos criados y el silencio religioso que pesa sobre aquella morada antigua; y más que todo esto, enojala el que su marido la trate como á una niña y no la entere de sus negocios serios. Empieza á establecerse cierta tirantez entre los esposos; pero el mal se conjura con la partida de la pareja para la Capital. Aquí es que empieza el daño y la infelicidad de marido y mujer. Díjase que al abandonar sus posesiones rústicas y sus costumbres sencillas por la vida agitada y febril de la ciudad, toda la dicha de aquellos dos seres se evaporara al punto. — Serguei, el marido, odia la sociedad, se aburre en ella y la teme; María, la mujer, no sueña más que con la vida de los salones. El conflicto se establece entonces, y María concluye por ir á un baile. ¡Hay en esto debilidad por parte del esposo! Sí, la hay, para el que sabe leer entre líneas, pero la verdad es que, según el texto, el esposo le permite á su mujer ir al baile para que se cure de su mal. La curación no es brusca, y María Alexandrovna sigue yendo á recibos y saraos para curarse, según Serguei, — para divertirse, según ella. Porque esto es lo grave: la mujer no sabe cuál es el fin de la condescendencia del esposo y sólo se preocupa de vivir aquella vida que desconocía y que á ella se le antoja encantadora. Es cortejada, admirada; las mujeres la envidian; todos la asedian, la solicitan: su amor propio está satisfecho. Un día, sin embargo, Serguei quiere partir para Nikolskoe... Precisamente, una amiga ha invitado á María para un baile donde le será presentado un Príncipe. ¡Es un crimen partir así! Pero las maletas están hechas; se ha avisado á Tatiana del viaje... ¿qué hacer? Serguei ve que su mujer se muere de ganas por ir á ese baile, por conocer á ese príncipe, y al fin toda la hiel refluye á su pecho.

«Pero ¿qué es lo que te disgusta? — le pregunta entonces su mujer.

«Me disgusta ver que al Príncipe le parezcas bonita, y que por esa razón te apresures á presentarte á él, olvidándote de tu marido y de tu dignidad de mujer; y que no quieras comprender todo lo que debe sentir tu marido cuando te olvidas de tí misma y pierdas la conciencia de tu dignidad! Lejos de eso, tú eres la que vienes á decir á tu marido que estás pronta á hacerle sacrificios, es decir: «es una gran felicidad para mí poder presentarme á Su Alteza, pero ¡te sacrifico esa felicidad!»

La mujer se siente exasperada con estas reflexiones, se siente herida en su amor propio y resuelve vengarse de Serguei:

«Hace mucho que me esperaba esto — le dice; — habla, habla... »

«No sé que te esperabas — replica él, —

pero yo podía esperármelo todo al verte hundir más cada día en ese fango de ociosidad, de lujo y de placeres mundanos, y no me he engañado... Héme aquí llegado hoy al extremo de sentir vergüenza y de sufrir como nunca hasta ahora... Sí, he sufrido ¡y de qué manera! cuando tu amiga me escarbaba el corazón con sus manos inmundas, hablándome de celos... ¡Celoso yo! ¿y de quién? De un hombre que ni tú ni yo conocemos... Y tú — se diría que lo haces adrede — tú no me comprendes, y vienes á hablarme de sacrificios?... ¡Vergüenza me ha dado por tí, vergüenza de tu humillación... víctima!

«No! — grita la mujer — No te haré sacrificios. ¡Iré el sábado á la reunión de la condesa, y me guardaré bien de faltar!

«¡Pues que Dios te haga feliz! pero todo ha acabado entre nosotros.

No acaba, no. María va al baile, previa reconciliación de los esposos — pues aún se quieren; — pero la felicidad conyugal ya ha sido tronchada por esta escena dolorosa. De entonces en adelante no vemos en ese matrimonio más que hastío y separación. La mujer está en Baden, donde la corteja un marqués italiano; el esposo anda por Heidelberg con sus asuntos; y cuando se reúnen y vuelven á Nikolskoe la felicidad ha muerto y es en vano que María Alexandrovna, llena de remordimientos, trate de resucitarla y reproche á su marido que no la haya detenido en la pendiente, siendo él el más fuerte.

«Vuelvan las cosas á ser lo que antes!... Todo puede revivir, ¿verdad? — dice ella, suspirando por el bien perdido.

Pero Serguei se siente viejo, se siente cansado. No, no pueden volver aquellas horas de ventura de la luna de miel. Ahora, su deber, y el de ella, es allanar el camino de la vida á su hijo...

Como se ve, aun queda en esta novela, al través de tantas miserias y tristezas, un breve resplandor de esperanza. Se sufre, se sufre mucho viviendo, pero aún se espera algo... Y ese algo, es el que no aparece en *La Sonata de Kreutzer*.

¡Oh! ¡Qué tristeza inmensa, qué dolor infinito, qué espantosa desventura la que fluctúa sobre las páginas de ese libro grandioso! ¡Cuán horrorizados de la vida quedamos después de su lectura! No hay allí un rayo de luz ni un lampo de esperanza! Todo es tétrico, sombrío, abominable, y al final, en aquellas últimas páginas de dolor y de fiebre, la nota más negra y pesimista no ha sonado todavía... Esa queda para cuando el lector ha cerrado el libro y reflexiona en la lección que nos ha dado el maestro...

Todos conocéis el asunto de *La Sonata de Kreutzer*: es la historia de un marido celoso que da muerte á su mujer. No puede ser más sencillo y vulgar el tema; pero, ¡qué mundo de ideas, qué semillero de teorías extrañas no asaltan nuestro cerebro! Ahí es donde encontraremos una de las doctrinas morales y sociales más atrevidas del *tolstoísmo*. Oíd lo que dice el eximio escritor ruso por boca de su protagonista Posdnicheff: «Hay que comprender la verdadera importancia de las palabras del

Evangelio de San Mateo, en el versículo 28 del capítulo V: «Que todo hombre que mira a la mujer con voluptuosidad comete adulterio»; y esas palabras se refieren a la mujer, a la hermana, y no sólo a la mujer ajena, SINO ANTE TODO A LA PROPIA.»

¿Qué alcance tiene esta idea atrevida? Tan grande es él, que debemos subdividirle en fracciones: en primer lugar, todo hombre que ha buscado una vez el placer sensual, ya no puede tener en adelante relaciones puras con ninguna mujer; en segundo lugar, el matrimonio es la base de los infortunios de los hombres y mujeres, y la aproximación sexual es un crimen; en tercer lugar, debe llegarse al suicidio universal no engendrando más hijos, y, por último, el amor sólo debe ser intelectual.

¡Hay que ver con qué firmeza y decisión el novelista ruso vilipendia y escarnece a la ciencia que declara necesaria esa función orgánica de la perpetuación de la especie! ¡La ciencia envía los jóvenes a los lupanares!—grita Tolstói por boca de su héroe. ¡La ciencia lo incita a ese acto infame y degradante curándolos de sus enfermedades! ¡Y el Estado,—agrega,—emprendiéndola así con las leyes sociales,—también ayuda y protege el crimen, reglamentando la prostitución y no persiguiendo las casas de lenocinio! ¡Y hasta las madres ejercen de Celestinas buscando un hombre para sus hijas!...

Tolstói no encuentra que las mujeres de sociedad vivan por otro interés que las prostitutas. Oídle: «Si los seres difieren entre sí según el objeto de su vida, según su vida interior, eso deberá reflejarse también en su exterior, y su exterior será enteramente diferente. Pues bien; compare V. a las miserables, a las menospreciadas, con las mujeres de la más alta sociedad; el mismo vestir, las mismas maneras, los mismos perfumes, la misma desnudez de brazos, de hombros y de pecho, el mismo polsón, la misma pasión por las piedras preciosas, por los objetos brillantes y muy caros, las mismas diversiones, bailes, músicas y cantos. Las primeras atraen por todos los medios; las segundas también: ¡ninguna diferencia, ninguna! Es decir, que ese sentimiento de coquetería en la mujer es una degradación. Ellas saben que con esos *fr-seys* que les hacen más provocativo el seno atraen a los hombres y los enardecen, y no vacilan en usarlos. La mujer no es casta, no tiene moral, no sabe de ideas puras y elevadas.... ¡Lástima grande que el novelista ruso haya olvidado un hecho insignificante, pequeñísimo, que explica todo esto y echa por tierra toda su teoría! ¿Qué? ¿Ignora las leyes de la naturaleza? ¿Por qué ese Dios, en que cree el ruso insigne, ha creado dos sexos en vez de uno? No insistamos más.

Respecto a la emancipación de la mujer, pretende Tolstói que no ha de buscarse en las cátedras ni en las cámaras de diputados, sino en la alcoba. «Hay que combatir la prostitución—dice,—no en las casas de lenocinio, sino en el seno de la familia. Se emancipan las mujeres en las Cátedras y en las Cámaras; pero siguen reducidas a instrumentos de placer. Enseñadlas a mirarse como tales, según hacemos nosotros, y se-

guirán siendo siempre seres inferiores. Y entonces, una de dos: ó con ayuda de un médico canalla tratarán de prevenir la concepción del hijo, y serán unas completas prostitutas, rebajadas, no al nivel de un animal, sino al de un objeto; ó serán lo que son en la mayoría de los casos: unas enfermas, unas míseras histéricas, sin esperanza de progreso espiritual.»

El matrimonio es, pues, un atentado a los derechos de la mujer y el más horroroso crimen moral. Las relaciones sexuales son una inmundicia que ahoga el amor puro, el afecto, la consideración mutua de los esposos, su felicidad y su honor. ¡No le arguyan a Posdnicheff (léase Tolstói) que esas relaciones son naturales!

«—¡Dice V. natural! Natural es comer; he ahí una función provechosa, agradable, y que a nadie da vergüenza cumplir desde su nacimiento. ¡Pero eso! ¡Si eso avergüenza, repugna y daña! No; ¡qué ha de ser natural!...»

«—Pero, cómo se propagaría el género humano?»

«—¿Y qué falta hace que se propague? Aquí estamos en pleno budhismo, predicando el Nirvana. No lo haría mejor el filósofo Hartmann, ni lo hizo cuando escribió el capítulo de su ensayo de suicidio cósmico; cómo no lo haría, como no lo hizo en su ascetismo el mismo Schopenhauer suprimiendo el comercio sexual.»

Estas relaciones, por otra parte, son las que engendran los celos—continúa Tolstói; y por vía de ejemplo nos enseña su obra, *La Sonata de Kreutzer*. En esto tal vez no ande descaminado el eminente escritor Paul Bourget, en uno de los más bellos capítulos de su libro *Physiologie de l'amour moderne*, trae esta máxima: «No son las traiciones de las mujeres las que nos enseñan a desconfiar de ellas; son las nuestras; —y, en efecto, todo hombre que ha poseído una mujer, y la ha poseído queriéndola y deseándola, sufre horrorosamente, con la sola idea de que otro hombre puede disfrutar de aquellos encantos que fueron suyos. La imagen representativa de la posesión de una mujer querida por otro que uno mismo, despierta correlativamente nuestros celos; y más aún si esa mujer ya no nos pertenece. También Goethe en el *Segundo Faust* ya dijo algo de esto: «Así como el sonido que arroja la trompeta hiere y desgarrar el oído y las entrañas, así los celos penetran en el corazón del hombre que nunca olvida lo que poseyó una vez, lo que ha perdido y que ya no posee.»

Nuestros actos de lascivia y nuestras traiciones son las que engendran los celos, y si éstas nos hacen desconfiar de la mujer, aquéllos, haciéndonos ver todo el horror de la escena, nos muerden el corazón despiadadamente. Si Posdnicheff no hubiera conocido mujer alguna antes que su mujer, si no supiera de traiciones amorosas y si no hubiera mantenido relaciones sexuales con ella, ¿hubiera sentido celos de Trujachevski y hubiera apuñaleado a la madre de sus hijos? Es seguro que no; y a sentir celos, ellos no serían más que intelectuales, no de los sentidos.

Hemos visto el tolstoísmo por una sola de sus fases, por la más patente y clara. No nos detendremos más tiempo en ella: Félix Schröder ha agotado el tema. Queda otra de más alta filosofía y ella nos reclama ahora.

En su hermosa novela *Ana Karenine*, Tolstói había dicho: «No puedo vivir sin saber lo que soy y para qué existo, y puesto que no puedo llegar a este conocimiento, la vida es imposible». Pero, al propio tiempo, en esa misma obra y en *La Guerra y la Paz*, resalta un hecho elocuentísimo que consigna el escritor ruso: la resignación de las clases populares, cuya miseria es tan dura y grande,—resignación que, en los campesinos y labriegos, se traduce por un amor a la tierra y una esperanza en Dios marcadísima y firme. Es indiscutible: leed las dos obras citadas y sentiréis que bajo aquella corteza de roble, admirablemente esculpida, corre una savia sutil que tiene ricos glóbulos de oxígeno y venenosas sustancias minerales. Es el nihilismo, el terrible nihilismo ruso, la euforbia de la revolución social, el tético pesimismo, la desesperación de alcanzar la felicidad y el bienestar; y es, igualmente, la vuelta a Dios, la humildad, la resignación, el elixir del cristianismo, la esperanza en aquel que murió sobre la cumbre del Calvario extendiendo sus brazos redentores para estrechar sobre su noble seno a los pobres, a los buenos, a los oprimidos y a los tristes. Tolstói no hace otra cosa que retratarse a sí mismo al perfilar las figuras de Besukof y de Levine —y aun al pintarnos al príncipe Andrés ó a Wronski.—Pedro Besukof es ese espíritu eslavo lleno de dudas y vacilaciones, corroído por el veneno del nihilismo, revolucionario, inquieto, soñador,—mezcla híbrida de fantasista refinado y de escéptico budhista,—que busca la tranquilidad del corazón, la paz de su conciencia, la certeza de su pensamiento y la regeneración de sus hermanos, inútilmente, hasta que un infeliz soldado, a quien fusilan después los franceses, le da todo ello enseñándole la vía del cielo y la indiferencia mística. Y en cuanto a Constantino Dmitrievich Levine le vemos asfixiándose en la ciudad, desesperando también de alcanzar la dicha, haciéndose cada vez más nihilista hasta el momento en que un labriego infeliz que revuelve montones de heno le da el secreto del reposo y de la voluptuosidad vegetativa.

Pues bien, Tolstói, como Pedro Besukof y como Levine, fué convertido nuevamente a la fe perdida, según dije antes, por el sectario Sutayef, uno de esos miserables *mujiks* que andan vagando por los campos con los versículos del Evangelio en los labios. Para este Sutayef el verdadero cristianismo, la suprema verdad, la ley fundamental, residen en el amor humanitario; y es bajo el lema de esta inspiración que el autor de *La Muerte* entra en una nueva vida espiritual y emprende un análisis teológico de los Evangelios. El *Sermón de la montaña* viene súbitamente a derramar blanca claridad en su espíritu acongojado, y dos versículos solos le dan toda la clave del enigma que martirizaba su conciencia. «Oísteis que fué dicho a los antiguos: Ojo

por ojo y diente por diente.» «Mas yo os digo: que no resistáis al mal; antes a cualquiera que te hierie en tu mejilla derecha, vuélvele también la otra.»

Este es el verdadero sentido de la vida: no resistir al mal pagando con mal el daño que se nos haga; soportar al malvado cualquiera que sea la violencia que emplee y devolverle bien por mal y el amor en la más amplia acépción de la palabra. Y es bajo el imperio de esta nueva doctrina del amor, que exclama, rendido, el visionario ruso: «Yo no comprendía esta vida; me parecía horrible, y de pronto oí las palabras de Jesús y las entendí; la vida y la muerte cesaron de parecerme un mal; en vez de la desesperación, gusté un goce y una felicidad que la muerte misma no podían destruir.» Todo el cristianismo está aquí, según Tolstói, y de ese principio único del amor universal fluyen consecuencias hermosas é invariables: la independencia del individuo traerá la independencia de la colectividad, y entonces veremos caer todos esos mitos absurdos que se llaman autoridad, riqueza, arte, guerra, ejércitos, prisiones y tribunales. Las naciones suprimirán las fronteras para estrecharse en un abrazo fraternal; la comunidad y la igualdad dejarán de ser incomprensibles palabras para trocarse en hermosas realidades; el amor no será mero egoísmo al unir los hombres entre sí ni vergonzosa prostitución al acercar los dos sexos, sino la confraternidad de todas las inteligencias; la paz bajará a todos los espíritus, dando alegría a todos los hogares, y por consiguiente ya no existirá el mal en la tierra y se cerrarán las cárceles y tribunales y se reducirán a leyendas antiguas de los tiempos bárbaros la pena de muerte y las guerras civiles é internacionales.»

Lo cierto es que en todas estas ideas se nota una inconsecuencia marcadísima. En teoría, ya se ha visto que Tolstói condena la revolución, y, sin embargo, en la práctica la proclama con sus reformas socialistas. El cristianismo destruye al Estado, dice él; y agrega: «Es así que fué comprendido desde un principio y por eso fué que se crucificó a Cristo. Así fué comprendido en todos los tiempos por los hombres que no ligan la necesidad de justificar el Estado cristiano. Sólo al partir del momento en que los jefes de Estado aceptaron el cristianismo nominal exterior es que se inventaron las sutiles teorías según las cuales se pueden conciliar el cristianismo con el Estado. Pero, para todo hombre sincero de nuestra época, no puede ser evidente otra cosa que el cristianismo—doctrina de la resignación, del perdón y del amor—no puede conciliarse con el Estado, con su despotismo, su violencia, su justicia cruel y sus guerras.» Por otra parte, el ideal social de Tolstói no es enriquecer al pobre é instruir al ignorante, levantando al uno y al otro hasta el nivel de la civilización y el poderío, sino, al contrario, destruir el lujo, los refinamientos de las artes y las mollicies del pensamiento elevado para formar así un único estado de pobres y seres sencillos. En fin, que el autor de *Mi confesión* quiere convulsionar la sociedad haciendo carne aquella idea de

Gogol: «el hombre debe volver a la naturaleza.»

En seguida el visionario ruso la emprende con los teólogos y ataca la aseveración de la resurrección en el día del juicio para el castigo de los malvados y la recompensa de los buenos. «Por extraño que parezca, no podemos privarnos de decir que la creencia en una vida futura es una concepción bajísima y muy grosera, fundada sobre una idea confusa del parecido del sueño y de la muerte, idea común a todos los pueblos salvajes. Por lo tanto, según Tolstói, el bien debe practicarse, no en vista de una ulterior recompensa, sino por el bien mismo, es decir, por el goce que se experimenta al ejecutarlo y por el placer que nos procura el ver la dicha de nuestros semejantes. Es la idea que preside a la máxima de Sócrates: Haz el bien porque es tu deber hacerlo.»

Lanzado por esta vía, Tolstói ha llegado a un ascetismo que no sólo predica, sino que también pone en práctica. Todo goce del cuerpo, toda expansión del espíritu es un pecado bochornoso, un delito imperdonable. Lo justo, lo racional, lo santo es sufrir, aniquilarse, confundirse en el gran Todo. El ascetismo de Tolstói tiene sus ribetes del panteísmo de los Vedas. La vida es una Unidad y los individuos meras partículas que no deben subsistir más que para aquélla. Fuera de ese gran Todo, el hombre es una molécula insignificante, y no empieza a vivir y a tener importancia sino cuando se sacrifica a él y tiende a formarlo por el principio del amor. La moral que se desprende, pues, de esta filosofía es la de la destrucción del ser individual. Hay que ser misero, sencillo, humilde; hay que olvidar el placer y los goces terrenos,—que de no hacerlo así jamás lograremos la ventura del espíritu, la única que puede anhelar y procurarse el hombre como personalidad. Por eso, Levine y Besukof no son seres dichosos mientras no visten el traje del *mujik*, se alimentan como los siervos y siegan en los campos de sol a sol como el más misero de los labriegos; y por eso Serguei y Posdnicheff son desgraciados y llevan sobre su pálida frente el rojo estigma de los réprobos.

El mismo Tolstói, como queda dicho, practica esta ruda moral de la mortificación y del sufrimiento. A la manera de Rousseau, se aísla del mundo y reniega de la sociedad, de la ciencia, de las artes y del placer. Vive en sus posesiones de campo olvidado de su título nobiliario y de los lujosos salones de San Petersburgo y Moscú (que frecuentara antaño), trabajando con la azada, haciendo de zapatero y durmiendo en un armatoste de cuero cubierto de paja. El misticismo contemplativo y las disertaciones teológicas son el festín de su inteligencia; así como el alimentarse con vegetales y el flagelar su cuerpo son los goces de sus sentidos. Reza y piensa en Dios; se martiriza y duerme sobre la paja; perdona a sus enemigos y bendice a sus siervos, sus hermanos: es Gricha que resucita;—es aquel Gricha de que nos hablaba en su libro *Mi infancia* con tanta admiración, con tanto cariño, con tanto respeto... «¡Oh, Gricha! ¡Oh, gran

cristiano! Tu fe es tan ardiente, que sentías la proximidad de Dios, y al no encontrar palabras para loar su grandeza, te arrojabas a tierra sollozando!...»

Como se ve, la teoría moral de Tolstói es absurda. En esto, habla como un libro Pompeyo Gener cuando dice, con su jerga propia, en *Literaturas malsanas*: «El defecto del raciocinio de Tolstói está en su ignorancia, y a causa de ella en generalizar demasiado. Más que al hombre conoce al ruso, ó a lo más al hombre del Nordeste, mezcla de eslavos, de germano y de mogol. El embrutecimiento por el alcohol amílico, y sobre todo por el tabaco mezclado al opio, afortunadamente no es aquí ni general ni siquiera usado. Desconoce el papel que representa el alcohol etílico, ó mejor, el vino y la cerveza, en la economía,—como elementos respiratorios indispensables, sobre todo a los que tienen que hacer gasto de energías vitales; nada sabe de la acción tónica de ciertos digestivos; y al formular su raciocinio, construye un hombre demasiado simple, dividido en dos mitades simétricas: el consciente y el orgánico, sin ver que la conciencia no indica para nada juicio, sino un cierto fenómeno de sensibilidad que consiste en sentir todo lo que en nosotros pasa, ó sea todas las impresiones recibidas con sus diferencias y analogías. El juzgar, el ponderar, esa función esencialmente intelectual, sólo consiste en apreciar las diferencias de los datos suministrados por la sensibilidad.» En cuanto a ese otro error de este sistema de moral, referente a las relaciones sexuales, muy poco habría que agregar después de lo que al respecto dijo en su *Nuevo Teatro Crítico* doña Emilia Pardo Bazán.

No hablaremos tampoco muy extensamente del principio radicalmente altruista que informa esa doctrina. Destruir el individuo para crear la colectividad es, sencillamente, una aberración. El egoísmo es necesario para la vida y conservación del individuo, y sin él no puede subsistir el altruismo. Para que los padres puedan desempeñar sus funciones y cumplir con la ley natural de la conservación de la especie, es decir, para que puedan dar vida, conservar y proteger a sus hijos, es necesario que ante todo obedezcan a las leyes imperiosas del egoísmo. Los actos mediante los cuales se conserva la propia existencia deben anteponerse a aquéllos que perjudican a ésta, redundan en beneficio de un tercero; y toda acción que, mediante un relativo sacrificio personal, aprovecha a los demás debe ejecutarse a pesar de dicho sacrificio. De ahí, pues, que sea una verdad incontrovertible, un verdadero axioma de moral, la aseveración de Herbert Spencer de que «si es falsa la máxima *vivir para sí*, también lo es la de *vivir para los demás*: hay que buscar una fórmula conciliatoria, y esa no nos la da ni el ascetismo ni el nihilismo budhico del conde León Tolstói.

Hemos dado una idea general de lo que es el tolstoísmo. Ahora estamos habilitados para hablar de sus manifestaciones litera-

rias y de su desarrollo en el arte contemporáneo.

Examinando las obras literarias que de cincuenta años á esta parte nos llegan de todas las naciones europeas, hemos podido notar el sello pesimista que á todas ellas informa. Lo que considerábamos como una enfermedad característica de la raza germánica y sólo encontrábamos, entre el elemento latino, en la poesía de Leopardi, fué desarrollándose cada vez más hasta ser la nota única de las producciones intelectuales de nuestra raza. En Francia, con los primeros albores del romanticismo, se levantó ese grito desesperanzado que ha llenado todos los ámbitos del firmamento; luego, vino á su vez la escuela naturalista y con ella la nota lúgubre se extremó más aún. Hasta hace muy poco, aún se oían los sollozos de Alfredo de Vigny y las carcajadas fúnebres del autor de las *Flores del mal*; Balzac nos enseñaba todo un mundo, en efervescencia, de desgraciados, y los *Rougon-Macquart* desfilaron ante nosotros; á la luz de pálidos blandones, mostrándonos sus llagas y desventuras; Maupassant, Bourget y Loti parecían perseguidos por la visión desconsoladora de la *non curanza* que ahogaba al genial poeta, y los mismos parnasianos, los imposables, los poetas de mármol, sentíanse morir de tedio en la soledad imponente de sus templos helénicos. Rusia no sentía en su ambiente otra cosa tampoco que el rumor de sollozos contenidos, y Nicolás Gogol, el poeta épico de *Las Amas Mortas*, resumía en Tchitchikoff, Puchkine, Maniloff, Nozdref y M.^{ra} Koroboutchine todas las miserias y lacerias que agobiaban al pueblo ruso. «El mal del siglo» fluctuaba en toda la atmósfera, amargando todas las existencias y pronunciándose cada vez más. Cuando los jóvenes de última hora quisieron hacer un esfuerzo para encontrar una sensación nueva, la terrible enfermedad les acosó con nuevo ardor y enloqueció su cerebro. Huysmans nos ha legado todo un mundo de incoherentes; Richépin escapó sus iras al cielo; Coppée desmayó de dolor en el hogar de los humildes; *Claudio Larcher* fué á llorar su desventura con el infeliz amante de *Las demi-vierges*; y Rosny, Margueritte, Wyzewa, Paul Hervieu, primero, y después Mallarmé, Moréas, Jules Bois, Reynaud, Mœerlinck, etc., nos contaron sus ansias secretas, sus dolores inenarrables, sus visiones frenéticas y sus locuras más extrañas.

De todo este gran clamor de tristeza y sufrimiento, aún queda un vago estremecimiento, un vago run-run prolongado y funerario, un histérico sollozo á duras penas contenido. Allí, por el Norte, una antorcha ha brillado y la nueva generación, tendida agonizante sobre el suelo, se ha alzado sobre el codo para observarla, asombrados y anhelantes, al través de sus lágrimas. ¿Es el nuevo Profeta? ¿Es el Mesías suspirado?

El pálido eslavo de luenga barba blanca y ojos de visionario ha abandonado la ciudad fastuosa por la vida sencilla del campo. Su voz resuena calma y grave predicando el Evangelio. Su mano llena de arrugas se extiende majestuosa para dar á los pobres,

á los humildes, á todos los desventurados, su bendición.

¡Oh! ¡Una resurrección de la fe! ¿Y por qué no? La ciencia no ha satisfecho la sed de saber que sentía nuestra inteligencia, no ha aplacado el hambre de reposo que sentía nuestro corazón. El positivismo nos ha engañado. Las viejas ideas que teníamos por verdades incontrovertibles nos han resultado pobres y nos han hecho desgraciados. No tenemos ya esperanzas; estamos hastiados de todo; no podemos soñar más; nuestra vida se ha marchitado. ¿Por qué no hemos de retornar á la fe como al postrer refugio?

Desde sus laboratorios, acaso nos digan los sabios: ¿qué habéis hecho de las ideas y doctrinas que os enseñamos? Y nosotros les responderemos:—Las hemos olvidado porque con ellas no hemos ido al templo de la Felicidad. Ellas nos han hecho desgraciados. Ellas nos han dicho que el mundo planetario se formó de una nebulosa, pero no ha satisfecho los *porqués* de nuestra inteligencia que pretendía saber quién hizo esa nebulosa; ellas han buscado el origen del hombre y han trazado el árbol genealógico de Hæckel, pero la duda ha continuado mordiendo nuestro corazón; ellas nos han dicho por boca de Darwin que hay «lucha por la existencia» y «selección natural», y esto nos ha llenado de congojas sin cuento; ellas nos han hablado con Spencer de «la relatividad de los conocimientos humanos» y desde entonces la idea de no poder averiguar lo absoluto nos ha aniquilado y reducido al estado de bestias; ellas no nos han podido dar el placer ni el reposo ni la alegría ni esas sensaciones nuevas que eran todo el afán de nuestras conciencias frenéticas y solitarias; ellas, en fin, nos han mentido haciéndonos creer que resolverían todos los problemas de nuestra curiosidad, todos los enigmas de nuestra dicha. He ahí por qué olvidamos vuestras doctrinas.—Ahora marchamos de nuevo hacia la fe; vamos á buscar el consuelo en Dios; volvemos á la religión que besó nuestras frentes en la cuna. Somos muy desventurados y queremos olvidar, orando, nuestra desventura; sentimos que el anatema del cielo nos ha doblegado, y vamos á rendirnos ante el retablo de Bethleem para implorar nuestro perdón. He ahí lo que sentimos, lo que hacemos ahora. Gricha nos ha convertido: vamos con él á buscar la senda que conduce al Paraíso.

Y todos escuchan así las voces de los profetas. Tolstoï ha predicado ya su religión. En Francia, *Le Disciple* de Bourget, y en España *La Fe*, de Palacio Valdés, han iniciado la evolución hacia el neo-misticismo. Hay que buscar la regeneración del género humano; hay que buscar la verdad.

Hace ya bastante tiempo que Schelling, el gran filósofo-poeta, escribió este aforismo: «Así como el relámpago surge de la sombría nube y estalla por su propia fuerza, así brota del seno de Dios una afirmación infinita...» Nosotros, los pobres desterrados del ideal que llevamos en el alma constantemente la nostalgia de esa luz divina, hemos olvidado aquella hermosa idea tan brillantemente expresada, y hemos pur-

gado, con nuestras propias desgracias y dudas, ese olvido. Hoy tenemos que aprender de nuevo el Código Supremo de la Fe, y recurrimos al visionario ruso, al P. Taconet de *Mensajes* y al filósofo desengañado de *Le Disciple*. La conversión del P. Gil de *La Fe* nos llena el corazón de consuelo; los pujos de misticismo de Angel Guerra y el triunfo moral de Leré son, á pesar de la pasión amorosa, eminentemente humana, que los acerca, un sublime bálsamo derramado sobre nuestro pecho; la «alternancia» que busca el desheredado Chiripa,—ese admirable personaje de una de las más admirables páginas de Clarín,—nos procura una alegría plácida y dulce, digna de los destronados dioses del Olimpo, y esa alma sublime de *Nazarín*, mitad locura, mitad santidad, que rueda entre el fango de la vida, sin mancharse, que habla de Dios y sabe hacerse sentir á la miserable Andara, que doblega al ogro poderoso de la Coreja, Don Pedro de Belmonte, con el solo talismán de la humildad, que soporta las injurias más bajas con la grandiosidad del Nazareno, es el alma por que nosotros suspiramos, la que queremos, la única capaz de darnos la paz que ansía nuestra mente fatigada. Todo, todo ello resulta, para nosotros, bienhechora enseñanza, reposo y consuelo serenísimos, algo así como una ninfa Egeria moral. Estamos ahitos de sensaciones violentas, descorazonados del mundo, cansados de la ciencia, y no valen paliativos como el catolicismo de Barbey D'Aurevilly y las moralejas de Goldsmith: necesitamos reactivos poderosos y nuevos, «talentos cristianos» que diría el P. Taconet, capaces de sacudir de su letargo al alma moderna.

Estos ensueños de religión novísima,—«amalgama de mil ideas opuestas, de impulsos propios y de teorías ajenas, de antiguas costumbres y de modernas aspiraciones», como dice el reputado crítico catalán Ramón D. Perés,—nadie los satisface mejor que el genial artista de *La sonata de Kreutzer*. En todos sus libros hay un sutilísimo aroma de misticismo que envuelve nuestro espíritu con las ondas rutilantes del incienso para hacerle pensar en la divinidad. Su ascetismo es puro y sin mácula, digno de realizar las fantasías doradas del milagro y con algo en sí que nos hace pensar en la severa moral del sublime Crucificado. Al revés de Renán, el gran revolucionario del idealismo moderno, Tolstoï nos hace creer en la divinidad de Cristo, creyendo él mismo, como lo cree el autor de la *Historia de los Orígenes del Cristianismo*, que no hay tal divinidad. El misterio, el milagro, lo sobrenatural no existen para el historiador de Jesús, y á sus ojos, esto engrandece la figura del martir del Gólgota; pero, para Tolstoï sí existen y no puede haber la menor duda al respecto. Estudiando la doctrina del alucinado ruso, examinando despacio su fe y aplicando á la historia sus conclusiones, no sólo creemos en las caóticas fantasías del Evangelio, sino que estamos tentados de creer en los oráculos de la sibilas de Cumas, de las pitonisas de Delfos, en los misterios de Isis y hasta en los pronósticos de los gansos sagrados del Capitolio. La religión se le im-

pone con todas sus consecuencias, y por eso, precisamente, nos parece tan viva y tan ardiente su fe, y por eso, también, su palabra encuentra eco simpático en todas las almas.

Si Tolstoï vacilara un segundo en su doctrina ó nos la revelara con prudentes restricciones ó tratara de fundarla en la ciencia y en datos precisos, á la manera de Renán, no le creeríamos y sería uno de tantos predicadores; pero mostrándose tan resuelto, tan ferviente, tan dominado por su creencia que no vacilaría en creer en los trasgos y demonios de la Edad Media si ellos informaran su religiosidad, nos cautiva y nos arrastra. No es un moderno, no es un hombre como nosotros; es, por lo contrario, un sacerdote antiguo, una aberración del misticismo,—y ahí está el secreto de su fuerza. Además, sabe hablarnos nuestro lenguaje para arrojarnos al rostro nuestras pasiones y vacilaciones,—y ésa es su superioridad. En una palabra: Tolstoï es la encarnación de la frase de Tertuliano «*Credo quia absurdum*»—y éste es el único apóstol del neo-misticismo que podamos concebir nosotros.

¿Puede reformar la sociedad y curar sus miserias y dolores esta doctrina? No; es imposible. Gricha vencerá por un instante, durante los primeros momentos, y arrastrará en pos de sí á nuestras almas débiles, á nuestros corazones infantiles (á pesar de su corrupción ó por eso mismo, tal vez), á nuestros cerebros inquietos y preñados de sombras; pero lo incontestable es que no hay tal «bancarrotta de la ciencia», que aun quedan inteligencias vigorosas, que aun viven espíritus sanos y robustos, y de éstos, al cabo, será el reino de los cielos. La masedumbre cristiana que predica Tolstoï, jamás se realizará por completo mientras exista un Posdnicheff, un Claudio Larcher, un Armando aunque más no sea; la duda coñocerá el espíritu á medida que los futuros Leverrier vayan escrutando los abismos infinitos del espacio sin encontrar «la primera causa»; el dolor germinará en el corazón humano mientras la vida tenga un plazo fatal, el amor una niebla de desconfianza, la mujer una ironía en los labios y el sol una mancha en su periferia; la sociedad será siempre la misma y conservará sus cárceles y códigos, sus autócratas y esclavos, su lujo y pauperismo, en tanto vivan dos seres y no se destierre la ineludible ley de «la lucha por la existencia»;—por manera que el neo-misticismo se verá arrojado al olvido muy pronto, cuando cese de ser lo que es: un mero oportunismo.

Ved lo que pasa en la realidad. ¿Ha triunfado alguna vez una idea que no se adaptara á la naturaleza? Nunca. Para que triunfe el ascetismo es necesario cambiar la constitución del ser humano. Para volver al estado de naturaleza habría que destruir la ley del progreso. Para reformar al hombre sería necesario ante todo aniquilar la ley de herencia. Para vencer las relaciones sexuales fuera menester destruir á todos los hombres ó á todas las mujeres: una sola pareja que viviera, desempeñaría el rol del patriarca Noé. Y así por el estilo. ¿Se han curado en salud las mujeres con *La*

UN NEÓFITO DEL DECADENTISMO

Señor Don José Enrique Rodó

Presento.

Mi estimado amigo:

Por el original que le adjunto se impondrá V. del interés que tengo por la REVISTA. Días pasados Daniel García Acevedo estuvo en mi covacha, y hablando sobre cuestiones literarias, me mostró los tres sonetos acompañados, cuyo autor es un primo de él, Carlos Alfredo Becú.

Le pedí que me los entregara, con el objeto de que ninguna otra publicación los diera á conocer antes que nuestra querida REVISTA, y el resultado lo informan estas líneas.

Ahora, paso á darle un perfil á vuelo pluma sobre el joven literato argentino-uruguayo. Es un muchacho gentil que no llega aún á los dieciocho años.

En el Colegio Nacional de Buenos Aires, donde cursó el bachillerato, dejó sentada justa fama de inteligente, por las repetidas pruebas que ofreció en las épocas reglamentarias.

Actualmente estudia, en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, segundo año, y ha sabido consolidar en sus aulas reputación de estudiante de dotes distinguidas y vuelos altos.

Fuera de los estudios profesionales que sigue, ha manifestado siempre marcadas aficiones y aptitudes para asuntos literarios.

En Marzo próximo publicará un tomo de poesías, y antes de poco tiempo otro sobre crítica que se titulará: *Historia de una evolución*.

Es un apasionado por el modernismo, y les ha dedicado un estudio especial á los escritores del siglo.

Con estos apuntes, se lo doy por presentado, y le pido un puesto de honor para las composiciones que le remito.

Valga la primicia la adquisición que importa, y reciba las cordialidades de su afino.

JULIO MAGARIÑOS ROCCA.

Montevideo, febrero 16 de 1897.

SONETOS

Pura el doctor Daniel García Acevedo.

CANTO LLANO

Dico la gloria augusta de las aureolas,
Bajo la cripta adusta de las catedrales.
Caen las armonías en las puras corolas
De esmalte, que brillan en místicos vidriales.

En el mar de los rezos dormitan las olas,
Anhelos y estertores de magistrales
Aromas de los jazmines y de las violas,
En vuelo extático hacia los círculos astrales.

Serenales crepusculares de los carnales
Entusiasmos que nutren las almas solas,
En una ilustre oda de incienso inmortales....

Muy lentamente lloran los ritmos desiguales;
Muy lentamente; y los violoncellos y las cordoviales
Los encuadran en meandros de arpeggios triunfales.

EL PATRIARCA

Tres veces, majestuosa, se levanta
Sobre su frente la áurea y blanca tiara,
Y envuelto en la alta gloria de su capa
Un icono viviente es el Patriarca.

Heraldizan sus pasos,
Dando voces, cuarenta silenciosos,
Y varios estratagemas y preclaros
Sostienen las columnas de su palio.

Sonata de Kreutzer? ¿se han curado los hombres con *Madame Bovary?* ¿Se ha reformado el mundo con el *Emilio?* ¿Ha concluido el dolor en Rusia con *Las ámes mortés?* ¿Se aborrece el amor con *La Physiologie de l'amour moderne?* ¿Se hacen otras señoritas con *Las demi-vierges?* ¿No hay más neurasténicos después de *A rebours?* ¿Concluyeron las desesperadas con María Bashkirtseff? Y la misma religión, que casi casi puede llamarse una ley natural... del espíritu, ¿ha triunfado con el sublime *Genio del Cristianismo?*

No, es imposible. «Mientras exista una mujer hermosa, habrá poesía», y también adulterio—aunque no sea hermosa la mujer;—y todas las doctrinas que se prediquen, por muy buenas que sean, serán inútiles. No se transforma el mundo por poderosa que sea la inteligencia que tal empresa acometa: á lo sumo, le conmovirá. *Mens agitat molem*. Pero nada más.

¡Oh, pobre Gricha! ¡Pobre gran cristiano! Tu fe es tan ardiente que, cuando no encuentras palabras con que loar la grandeza del Omnipotente, te arrojas á tierra sollozando...; pero, alza tus ojos llenos de lágrimas, deja esas cadenas que en vez de ganarte el Paraíso sólo sirven para aprisionar tu genio y privarnos de una nueva *Sonata de Kreutzer*, alzáte un instante sobre la nube de misticismo que te envuelve allá en las lejanías del Oriente y contempla el alma contemporánea encarnada en el desdichado é incrédulo sacerdote de *Lowides*, en el vencido de *Romá*. ¿Le ves? Pues bien; ¿acaso esperas que en *París* triunfe la religión y se le imponga como la luz de la verdad? ¡Oh, pobre Gricha! ¡Miserable visionario! Pierde toda esperanza de tener un San Pablo como lo tuvo Cristo para propagar su doctrina. Ese Pedro te dejará solo en tu camino de Damasco,—y ese Pedro, te lo repito, es el alma contemporánea.

VICTOR PÉREZ PETIT.

MARINA

El horizonte obscuro. El mar bravío.
Ni un mástil en las ondas, ni una vela.
Rápido bando que á lo lejos vuela
Hacia el desnudo peñascal sombrío.

Húmedo viento salitroso y frío
Rompe las ondas y las carnes hiela,
Y de la torre que en la costa vela
Bate los muros con incierto brío.

Del agitado mar junto á la espuma
Que alzó en los riscos la tormenta fierá
Y el sol muriente con sus rayos dora,

Baja la frente, que el dolor abruma,
En la actitud incierta del que espera,
Una mujer, arrodillada, llora.

GERMÁN GARCÍA HAMILTON.

Los Porphyrogenetas y el Basileo
Besan el raro signo de porfirio,
Engarsado en el oro de su anillo.

Y el hijo de San Juan Boca-de-oro
Contempla, indiferente y orgulloso,
La humildad de Byzancio ante su trono.

VIDRIALES

Gemas de paraíso! Magistrales
Florescencias, con pétalos de orgías,
De tintas refinadas; simfonías
De colores, en glorias orquestales.

Son las luces que cruzan los cristales
Como un violín a la sordina, y frías
Como un mármol. Sus dulces armonías
Sugieren espejismos serenales.

Hilos de luz de seda, tennes hilos,
Doran á trechos—plácidas caricias—
Las columnas de incienso, suavemente.

Y los santos, inmóviles, tranquilos,
Al oero de las pálidas novicias
Sonrien con unción, perennemente.

CARLOS ALFREDO BECÚ.

Buenos Aires.

CONGOJAS

Era férvida tarde de Noviembre.
Entré con languidez al cementerio
Que duerme silencioso junto al río
Donde sopla fatídico el pampero;
Y las olas, arcángeles que esparcen
Los acantos purísimos de un ruego,
Al morir quejumbrosas en la playa
Parecen que suspiran por los muertos.

El cántico del céfiro que llora
Se siente entre los árboles inquietos,
Cual angélico arrullo de una virgen,
Como postrer suspiro del enfermo.

Los cipreses, guardianes de la muerte,
Se muestran, cual pirámides, enhiestos
Guardando avariciosos con su sombra
De las tumbas el trágico misterio.
En sus hojas atónitas sollozan,
En las noches mortíferas de invierno,
El beso sepulcral de despedida,
De una madre los flébiles lamentos.

Forman, entre las ramas, con sus trinos
Bellas aves armónico concierto,
Que despierta en el pecho acongojado
De la vida los fúlgidos arpegios.

El rumor de mis pasos amortigua
El sábulo que cubre los senderos,
Como apaga en las horas funerarias
Los rumores del lúgubre cortejo.

Una legión espléndida se eleva
Sobre blancos sarcófagos esbeltos,
Mostrando al caminante entristecido
Con sonrisa glacial el firmamento.
Ángeles de rodillas que repiten
Las estrofas litúrgicas del rezo;
Madres que depositan extasiadas
Sobre frentes seráficas un beso.
Parecen al mirarlas fulgurando
Las almas, mariposas de los cuerpos,

Que batiendo fantásticas sus alas
Emprenden melancólicas el vuelo.

Todo termina aquí, gritan las cruces
Con el hálito impuro de los féretros,
Cuyo misterio lóbrego los hombres
Esclarecen inválidos y trémulos.
Y ante el umbral funesto del sepulcro,
Cuyo mármol se cierra con estrépito,
Cual tormentoso piélago, la mente
Se siente dominada por el vértigo.

Aquí los poderosos de la tierra,
Luciernagas del mundo, los excelsos
Que arrojaron satánicos al débil
El relámpago cruel de su desprecio,
Cegados por la noche sin auroras,
En artísticos túmulos soberbios,
Rostos de las gran lezas mundanales,
También duermen, letárgicos eternos.

Y no se oye en sus tumbas imponentes
De los vivos temblante clamoreo,
Exótico perfume que se expande
De la mística flor de los recuerdos.
Los frágiles placeres de la vida
Devorando volcánicos el tiempo,
Impiden que los huérfanos entonces
Tan sólo una plegaria por sus deudos.

Todos, aquí, descansan confundidos:
El infame, el sacrilego, el protervo,
Cerca de las humildes sepulturas
Del pródigo, del mártir, del egregio.
Desventurada adúltera maldita
Junto al helado, tenebroso lecho
Donde duerme la virgen seductora,
Ídolo infausto, fulminante sueño.

Junto al páramo pérfido de rocas,
De aquel osario tétrico al extremo,
Sobre las tumbas de los pobres se alza
La simbólica cruz del Evangelio,
Cruz que, en hórrida noche, cuando esparce
Sus ósculos efímeros el cierzo
Ilumina el relámpago que corta,
Nítida luz, el horizonte negro.

No se observan allí los epitafios
Que lacónicos graba el mundo necio
Proclamando en las lápidas luctuosas
La virtud celestial de los que fueron.
Sólo las tristes cruces desvalidas
Se divisan impávidas de lejos,
Cual si fueran los lábaros benditos
De dormidas legiones de esqueletos.

¿Qué queda aquí? pensé desparovido,
Del decrepito mundo y sus deseos,
Ave que muestra en cándido plumaje
Las impúdicas máculas del cieno.
La multitud famélica de goces,
Automata infeliz, vela su miedo;
Apagando en la crápula sombría
La imagen de los túmulos siniestros.

Quando las sombras tímidas despiertan
Me retiré del camposanto inmenso,
Mientras el sol en las nevadas cumbres
Reflejaba los últimos destellos.
Y las voces insólitas que brotan
De las campanas rítmicas del templo
Anunciaban la hora en que las tumbas
Se pueblan de los fúnebres espectros.

JOSÉ SALGADO.

FÚNEBRE

Junto á la tumba
triste y sombría
donde soñando
duerme mi amada
alza el follaje
grandes coronas
de nardos frescos
y de jazmines,
de rosas lívidas
y de campanulas.

Gota tras gota
vierte el rocío,
cuando suspira
la madrugada,
y ella soñando
ve con ternura,
en las coronas,
mis dichas muertas,
y en el rocío,
vivas mis lágrimas!

MANUEL B. UGARTE.

Buenos Aires.

MINIATURA

A ELLA

Tengo ansias. . . ¿Y sabes de qué? Pre-
gúntaselo á la brisa, que en las noches, cal-
ladas como tumbas, arrebata mis suspiros.
¡Tengo ansias, profundas, terribles, que hu-
medecen mis ojos, que secan mis labios, que
torturan mi alma con el hálito de fuego de
las grandes desventuras! Se lo pregunto al
Dios que ha puesto luz en mi mente. Se lo
pregunto al hada invisible que arrancó un
girón de aurora para mi corazón. Se lo pre-
gunto al astro que infiltró en mi espíritu un
rayo plateado de sus melancolías, y sólo
luz y sombras responden invariables en el
crepúsculo horrible de mi vida.

¡Tengo ansias! Odio al Sol, porque el
Sol podría cegarme; odio á las sombras, por-
que pliegan sus alas sobre mi frente; odio
todo, lo odio, porque todo me oculta la mi-
rada de tus ojos, que son una gloria, un
triunfo radioso de los seres de lo Alto.

Ah! los grandes deslumbramientos! Los
perfumes del incienso; los rumores de mú-
sicas como dianas; las aclamaciones que
parecen rumores de mareas, ¿qué es eso?
¿Acaso calmarán mi fiebre? ¿Acaso verte-
rán el aura embriagante del Jardín Divino?
¿Acaso susurrarán en mis oídos el cántico de
los ángeles?

Ah! no! El mar, con su voz colosal, me
ha dicho en el misterio de sus ondas que tus
suspiros son melodías del Paraíso y que tus
ojos son los astros.

Tengo ansias. . . ¿Y sabes de qué? El
mar me lo ha dicho: de tu amor, que es in-
mortalidad.

MANUEL M. OLIVER.

Buenos Aires.

DOCUMENTOS HUMANOS

El señor Osvaldo Saavedra, distinguido es-
critor argentino que cultiva con éxito la crítica
de costumbres y cuyo libro «Risa amarga» ob-
tuvo juicios muy favorables de la crítica, nos
favorece con el siguiente trabajo, primicia de un
nuevo libro que tiene en preparación y que lle-
vará por título el que precede á estas líneas.

EL SOLTERÓN

La solterona y el solterón son individua-
lidades correlativas, como víctima y victi-
mario. El solterón es el victimario de la
solterona, porque si él hubiese elegido, ella
no estaría vacante.

Apenas pisa el mancebo el dintel de la
vida mundana, lleno de ardores como el sol
levante, todos sus impulsos son de amor.

Si su primer rozamiento es la coincidencia
con un sér que le corresponde sin difi-
cultad social, se funden ambos en una sola
aspiración: casarse, y el matrimonio se rea-
liza.

Si en su amor hay un imposible, ya tene-
mos engendrado el fruto social de que tra-
tamos. Este hecho de múltiple estructura:
un imposible es el germen del solterón.

Una mujer casada, es un imposible.

Una mujer que no corresponde, es un
imposible.

La pobreza, puede ser un imposible.

La diferencia social, he ahí otro impo-
sible.

La imposibilidad es legal, material, so-
cial, moral ó imaginaria, de muchas formas
distintas; poco importa cuál sea: cualquiera
nos da el mismo resultado: un individuo
que deja agostar su juventud sin casarse
por un imposible.

Envuelto en ese estado moral, siempre
con una vaga esperanza de vencer el impo-
sible, pero sin mayor empeño por falta de
un deber premioso; sin perseverancia por
negligencia ó cobardía, entretenido por los
amores fáciles ó por las aventuras misterio-
sas, desaparece el joven para dar lugar al
hombre de edad madura. El arbolito se ha
hecho árbol añoso.

La juventud es buena, como fresca y ri-
sueña es la mañana, pero se entra en la
edad madura con la triste acritud que dejan
las heridas del camino.

En esta otra figura hay otra alma. El
adolescente de los impulsos ardorosos se
ha trocado en frío pesimista, desconfiado y
razonador.

La falta de afectos tiernos ha embotado
su sensibilidad: es espinoso, indiferente, sin
entusiasmo. Absorbido por los sitios públi-
cos—la calle, los clubs, los teatros—á falta
de hogar siempre hace lo mismo, esclavo
de la costumbre, él, que tanto ama la inde-
pendencia.

En esta evolución se transformó la fiso-
nomía moral del hombre, y de ella se deri-
va una serie de tipos sociales. Analicemos
y clasifiquemos.

La vida está dividida en jornadas: infan-
cia, adolescencia, juventud, edad provecta.
Cada una es un punto de llegada y un pun-

to de partida, hasta que se cae en la tumba,
que también es un punto de partida. . .

En cada una de estas jornadas el hombre
marcha á impulsos distintos: en la adoles-
cencia lo mueve el corazón, que es su tem-
peramento; en la juventud lo guía la razón,
que es su inteligencia; en la edad madura
lo gobierna la discreción, que es su egoís-
mo. Aparte de esto, hay naturalezas ricas—
agitadas siempre por móviles generosos; y
existencias duras, mezquinas, que en todo
tiempo sin cesar dan frío.

De esta diversidad de tendencias, pasio-
nes y caracteres, surgen muchas especies
de este fruto social que se llama solterón,
de las que vamos á clasificar las más nota-
bles, prescindiendo de las excepciones, co-
mo ser ese tipo tímido ante las responsabi-
lidades de la familia, que no se ha casado
porque no ha tenido con qué, y ese otro des-
dichado que ha nacido sin figura ni capaci-
dad para hacerse amar, como si quisiera la
naturaleza evitar su reproducción.

Tenemos entre los ejemplares más curio-
sos al hombre neutro, sin sensibilidad amo-
rosa, de quien nadie conoce una aventura
galante, carácter vidrioso, susceptible y ris-
pido, especie de hermafrodita histérico, con
ciertas maneras femeninas entre rasgos va-
roniles, pretencioso y acicalado; vive para
la moda y las preocupaciones pueriles, los
cosméticos y los perfumes; se cuenta los
pelos del bigote y los ordeña prolijamente.
—¡Ay! éste no se ha casado porque se ama
tanto á sí mismo, que toda mujer le inco-
modaría.

Viene después el hombre-cifra, indivi-
duo vulgar, avaro, sórdido, eterno especula-
dor, para quien el matrimonio es una tran-
sacción sin riesgo. Se le pasa el tiempo
buscando la mejor fortuna, como el loco
aquel que andaba desnudo con una pieza de
pañal al hombro, esperando la última moda
para hacerse un traje. Este tipo se confun-
de con el fatuo á quien ya el amor no exalta,
y busca casarse por la vanidad y el in-
terés. El fatuo tiene en alta estima su per-
sona; por eso busca juventud, belleza, tra-
dición, fortuna, y además que se le insinúen,
que lo provoquen, porque teme exponer su
vanidad á un fracaso. Hay un ejemplar re-
volucionario: el solterón recalcitrante, eter-
no desconfiado de la mujer, insensible; vio-
lento, difamador gratuito é implacable, ene-
migo obcecado del matrimonio, endurecido
en la soledad. Se sabe de memoria todas
las sátiras que el ingenio ha ideado contra
la institución y las usa en cualquier opor-
tunidad para desprestigiarla, para ridiculi-
zarla, para alejar de sí hasta la más leve y
remota tentación de casarse. Es un revolu-
cionario que propone otras uniones más
liberales. Si alguien le pregunta: ¿por qué
no se ha casado Vd? se ríe con sarcasmo
y contesta asombrado:—¡Cómo! ¿todavía
hay quien se case? Si el matrimonio es una
serie de gruñidos de día y de ronquidos de
noche.

—¡Pero, hombre! el matrimonio es el la-
zo del amor, le replica un creyente.

—Sí, se hace del amor como el vinagre
del vino.

Finalmente se destaca el prototipo del
solterón, que es el enamorado.

« Cantando la cigarra
Pasó el verano entero,
Sin hacer provisiones
Allá para el invierno. »

La vejez lo sorprende haciendo un idilio,
y cuando despierta de sus sueños fantásti-
cos y ve que no se ha casado y quiere ha-
cerlo, se encuentra maniatado por un tejido
de vinculaciones sentimentales que no tie-
ne el coraje de romper.

Artista del amor, gusta de todas las mu-
jeres como el músico de todas las armo-
nías, como el pintor de todos los colores.
Para él la mujer es un tema del amor, no es
el amor mismo.

Quando esas mujeres algebraicas que nos
ha fabricado la moral de las sociedades ci-
vilizadas, exigen un solo amor dentro de la
severidad de su fórmula monogámica, el ena-
morado se abisma de pensar anteriormente
cómo pueden existir semejantes ideas.

¿Qué se diría de un poeta que cantara
siempre, incesantemente, al sol ó la luna?

Pasaría por un monomaníaco lírico. Así
considera el enamorado al marido: un mo-
nomaníaco amoroso.

El enamorado es un sediento de belleza:
se embriaga de un sentimiento dulcísimo,
inefable, doquier la mujer se ostenta, y
siempre descubre en cada una un rasgo de
belleza que la hace digna de su amor.

Ama á una por sus ojos negros, á otra
por sus ojos azules, á otra por sus ojos ver-
des; á las rubias por sus trenzas de oro, á
las morenas por sus cabellos de ébano, á
aquella porque representa las alegrías de la
aurora, á ésta porque semeja las melancolías
del crepúsculo. Tiene una facultad fisioló-
gica de enamorar que fascina á la mujer, la
arrastra, la domina, la absorbe, la obliga á
sentir y á ceder, tal vez por influencia de
un fluido magnético poderoso, sugestivo,
que trasmite los pensamientos ocultos, des-
pierta descos y unifica la voluntad en un
solo fin. El éxito es constitucional en su
naturaleza.

Refinada su sensibilidad por el abuso del
sentimentalismo, pierde las energías para
romper los lazos que lo traban y suele que-
darse para siempre encadenado.

« En los zarzales del camino, deja
Alguna cosa cada cual; la oveja
Su blanca lana, el hombre su virtud. »

Quando el enamorado no deja su decoro
en las cadenas que lo enlazan, muere aban-
donado como las mujeres de vida alegre y
muerte triste.

Cúmplase en él la ley del error.
La paz de la vida sólo se halla dentro de
las instituciones sociales.

OSVALDO SAAVEDRA.
(Barón de Arriba)

CARNAL

Que te adornen con sus velos las gentiles ergastinas
Y te ciñan la cabeza con magníficas magnolias,
Mientras llegan á tu oído las canciones argentinas
De las raras, solitarias y fantásticas erolias.

Que rodeen tu cintura mil oliváceas elusinas
Y que sean tus dos labios oval dos rojas centifolias,
Cuando digan los cantares de las diosas peregrinas,
Que se aduermen coronadas por fragantes juncifolias.

Y en la noche de mis bodas, cuando seas tú mi esposa,
Y me beses con tus labios de princesa misteriosa
Arranando de mi boca leves ayes suspirantes,

Ya verás, oh Margarita! cómo bebo enardecido
Las lujurias encarnadas de tu cuerpo enloquecido,
Y te muerdo, como muerden las serpientes espirantes!

JOSÉ PARDO.

Buenos Aires.

CUENTOS MARCIALES

BUENO Y MALO

El combate es encarnizado, porque se lucha entre hombres de una misma patria, hijos del mismo suelo, divididos por las opiniones políticas.

La consigna es igual en ambos ejércitos. ¡Ay de los vencidos!

Cruzan el aire silbando las granadas que van a estallar sobre blancos humanos; el cañón ruge y el fusil aúlla; voces imperiosas de mando, toques de clarín, quejas y lamentos, ruidos de caballos que galopan, se mezclan y se confunden en la atmósfera de aquel día sereno de primavera.

Allá lejos, sobre las alas de los ejércitos en lucha, hay una calma relativa; es el lugar donde se escalonan los Regimientos de caballería enemigos que se observan y se temen.

De pronto uno de ellos se mueve y tres de éste otros, brillan al sol sus sables y la tierra estremecida lleva hasta los contrarios la seguridad del ataque.

El casco vigoroso de los corceles golpea el duro suelo, del que se levantan nubes de fino polvo, las distancias se acortan, desaparecen después y la catástrofe se produce al chocar las fuerzas.

De éstas se generan las que en mecánica se llaman *resultantes*.

Y las resultantes sobre el campo de batalla son los dispersos, los que huyen derrotados.

Allá van dos, ó más exactamente: uno trata de escapar á la muerte, el otro lo persigue.

Son oficiales; ambos jóvenes, ágiles, hermosos.

De pronto el que va delante tiene que castigar su caballo que desfallece, mientras el perseguidor contiene la carrera del suyo.

¿Por qué no lo alcanza de una vez?

¿A qué prolongar la agonía?

Han traspuesto la cuchilla, lejos, muy lejos del campo de combate, solos ya en la inmensidad de los verdes campos.

¿Sonó la hora?

Sí. El perseguidor se acerca irremediablemente al que huye desarmado, quien hace esfuerzos inútiles para dar á su cabalgadura la velocidad del huracán.

¿Vano intento!

Ya está cerca, más cerca todavía; se sienten el resoplar del bruto; ese otro ruido ¿es

el del sable que hiende el aire para caer sobre el cráneo?

¡Corre, que vas en busca de la vida!

¡Ah! ya es tarde! He ahí que aparece al lado izquierdo una cabeza de vivos ojos y rojas narices, por donde se escapan nubes de vapor; un brazo se extiende armado de un revólver, el desgraciado á quien espera la muerte, cierra los ojos, abandona las riendas, y en un segundo pasan por su memoria las alegrías y tristezas, lo bueno y lo malo de toda una vida de treinta años.

El arma se apoya sobre el oído del corcel que huye, un puño vigoroso se aferra al collarín de la blusa del jinete, sale el tiro, salta y rueda herido de muerte el caballo, y el hombre, sostenido en el aire un momento no más, cae á tierra de rodillas arrastrado por la inercia.

El perseguidor desmonta, se acerca al caído, y levantando la visera de su kepis, le pregunta con voz serena, el rostro iluminado por los rayos del sol que declina:

—¿Me conoces?

—Si lo conoce?—Sí, es Miguel, el hermano de Haydée.

¿Antigua historia de amores correspondidos; tierno ensueño de una hermosa muchacha de quince años; una aventura más de completo éxito para el galán; luego el abandono canalesco; la vergüenza y la muerte cuando la vida se adornaba con todas sus más bellas galas, cuando la flor se abría para exhalar su perfume!

¿Si lo conoce? Sí, es su primer amigo, el de la infancia, Miguel.

Dice éste:

—Haydée te perdonó antes de morir y me hizo jurar que yo no me vengaría de ti obligándome á ese sacrificio con tal de que sus últimos instantes no fueran amargados con mi negativa. Me dijo que mi palabra la haría morir tranquila. Yo la adoraba, como sabes, y respeto su voluntad. ¿Es esto para tí puro romanticismo?

En cambio yo le prometí más aún: que te ayudaría si lo hubieses menester. Ha llegado el momento. Si te he perseguido ha sido con el objeto de que otro no lo hiciera. Toma mis armas, monta en mi caballo y que Dios te ayude.

¿Será verdad?

Sí, lo es indudablemente. He aquí el caballo y las armas. Arriba, pues, y buena suerte.

¿Miguel es un imbécil!

¿Y si más tarde se arrepintiera de su generosidad?

¿No es también un enemigo político, esto más que otra cosa?

—¡Eh, Miguel!

Y mientras la naturaleza toda parecía agitarse alegremente, en esos instantes precursorés del crepúsculo, en que hay exuberancia de vida en los organismos apasionados y enervamientos melancólicos en los sentimentales, Miguel, abstraído en el recuerdo de tiempos más felices, ascendía por la ladera de la cuchilla, olvidado de cuanto le rodeaba.

—¡Eh, Miguel!

Ya está el jinete junto al hermano de Haydée. El bruto huele á su dueño y relincha. Suena un tiro, y Miguel, roto el cráneo,

salta á su vez y rueda sobre la verde grama.

Las sombras de la cañada esconden muy luego al feroz oficial, que, ahora sí, va rápido como el huracán.

ADOLFO M. DELGADO.

AMOROSA

Hada gentil que en mis ensueños veo,
Tal como mi deseo
La ha forjado en las noches estivales;
Divina aparición de tez morena,
Que el alma me enajena
Con la luz de sus ojos tropicales!

Ven hasta aquí, bajo el ceibal florido,
Donde cuega su nido
Y arrulla la torcaz fiel al reclamo;
Donde juntos los dos, dulce bien mío,
Podré, como yo ansio,
Mostrarte la pasión con que te amo.

Aquí, donde la brisa pasajera
Deje en tu cabellera
Todo el perfume que robó á las flores,
Y el lago azul, como bruñida plata,
Purísimo retrata
El cielo con sus vívidos colores;

Donde es arpegio de sonoro acento
El susurrar del viento
Al besar las corolas perfumadas,
Y encierran un encanto indefinido
El follaje dormido,
Y el arroyo de linfas azuladas;

Donde quisiera que al morir la tarde,
Cuando se hunde cobarde
El sol entre rojizos resplandores,
Poder gozar, pues nos amamos tanto,
Del dulcísimo encanto,
Sobre el muelle tapiz que dan las flores.

Aquí, mi bien, te contaré la historia
De mis sueños de gloria,
Que para tí tan sólo busco y quiero;
Porque eres la esperanza de mi vida,
Y es tu imagen querida
La que inspira mi amor, grande y sincero.

Y seré el trébol que tu senda alfombra,
El eco de tu nombre,
Y armónica palabra en tu garganta;
La luz que en tus pupilas centellea,
El numen de tu idea
Y tu ilusión immaculada y santa.

Y tú, feliz bajo el ceibal florido
Donde cuega su nido
Y arrulla la torcaz fiel al reclamo,
Me dirás que el cariño que atesoras
Es para mí, y me adoras
Con la misma pasión con que te amo!

G. LARRIERA VARELA.

MEDICINA LEGAL

Cap. 303. (Continuación)
CUESTIONES CIENTÍFICO-PERICIALES PARTICULARES

MATRIMONIO

III.—Antes de entrar a estudiar las cuestiones médico-legales que se presentan en los delitos contra las buenas costumbres, debemos resolver el punto siguiente: ¿es fundada la intervención pericial en estos casos, ó por el contrario es un medio escandaloso que sólo sirve para darle más resonancia y que no producirá otro resultado que el del ataque al pudor, llevado á cabo so pretexto de un móvil de otro orden?—Hay quien dice que el médico aumenta con estos reconocimientos lo deshonesto del proceso, sin obtener resultado positivo alguno.

Ciertamente, en algunos casos la ciencia es impotente, pero hay otros en que la presencia del perito es indispensable para la constatación de los hechos, como sería en el caso de un estupro: ¿acaso no sería fácil constatar la desfloración?—Lo mismo sucede en algunos casos de violación: ¿cómo se probaría la aproximación con una mujer virgen, si no se la examinase? Los peritos verían si había ó no señales del líquido seminal. El acto puede ocasionar rubor, pero el hecho en sí vale por la naturaleza de la intención con que se procede.

IV.—*Cuestiones médico legales.*—Advertimos, para empezar, que sobre el adulterio nada diremos en este lugar, por tener que estudiarlo al tratar de otras cuestiones, como el parto, etc.

I.—*Violación.*—Debemos estudiarla con arreglo á lo que estatuye nuestro Código, siendo, por consiguiente, lo primero que se debe determinar el hecho de si *ha habido aproximación sexual*. El dictamen de los peritos puede en ciertos casos dar mucha luz sobre el punto en cuestión; todo dependerá de la manera como se encuentren las partes pudendas de la mujer, pues según los casos habrá ó no vestigios de la violación. Tratándose de una mujer virgen el caso es fácil, pues los signos de la desfloración aparecen inmediatamente. Pero cuando se trata de una mujer acostumbrada al coito, ó que ha parido, entonces es casi inútil un reconocimiento de esa especie.

Como nuestra ley no exige para la existencia de la violación que el coito se verifique, sino que se contenta con que haya aproximación sexual tan sólo, el acto podrá presumirse entonces si se encuentran manchas de semen en las partes genitales de la mujer.—Sin embargo, no hay que perder de vista las condiciones que nuestra ley exige para que exista el delito en sí. El caso práctico que se presentará para su resolución será entonces el siguiente: *dicaminar si ha habido fuerza ó intimidación*. La intimidación es difícil determinarla, puesto que para ello deberían los peritos haber presenciado el acto, y esto no sucede.—La violencia es fácil establecerla por las señas

les que dejará en el cuerpo: moretones ó equimosis, que, á consecuencia de esa misma fuerza, deben aparecer en las carnes de la mujer,—muy aptas por cierto, como la de los niños y viejos, para conservar esas huellas en los muslos,—indicios que revelarían que el hombre pretendiendo inmovilizar á la mujer ha tratado de separar las piernas. —¿Es fácil separar las piernas de una mujer sin desplegar gran fuerza? No, á causa de que las mujeres tienen por naturaleza inclinadas las rodillas hacia adentro, y con una pequeña contracción las cierran de tal suerte que es difícil separarlas. Puede suceder que la resistencia sea fingida, pero esta simulación no puede ser determinada por los peritos. — Á pesar de esto, conviene no exajerar el poder defensivo de la mujer, puesto que á veces cede, ya por cansancio, ya por voluptuosidad, sin que esto impida que, recapacitando, tenga la suficiente fuerza de alma para entablar la acusación contra su ofensor.

La segunda cuestión consiste en determinar si la mujer ha estado privada de razón ó de sentido por cualquier causa.—Si ha estado privada de razón, estaba loca, y si no lo ha estado, habría que establecer si ha podido resistir ó no.

El sueño natural ó el provocado por medios especiales (anestésicos, hipnotismo) constituyen la privación de sentido.—En el sueño natural no hay que admitir verdaderamente que una mujer ha podido ser gozada sin apercibirse. En el caso de una mujer múltipara, ó simplemente, casada, acostumbrada á impresiones de esa clase, puede pasarle desapercibido un acto de esa especie; pero tratándose de soltera, viuda ó virgen, que no está acostumbrada á compañía; el hecho no es probable, sobre todo en el caso de una virgen, porque es dolorosa la desfloración. Casper dice que no siempre duerme la que está con los ojos cerrados, como dando á entender que la ficción del sueño es más común de lo que se cree, simulación provocada con el objeto de sacar una indemnización.

Respecto del sueño provocado es muy probable la cosa, pues por el hipnotismo ó por medio de los anestésicos se puede disponer de una mujer sin que de ello se aperciba. Se citan casos concretos de individuos que han hipnotizado á mujeres para violarlas.—En los sueños anestésicos hay ensueños que versan generalmente sobre atentados al pudor. Esto se explica porque el despertar del sueño anestésico es idéntico al sueño fisiológico, en que las sensaciones que predominan antes del sueño son las mismas que se presentan al despertar. Las células periféricas que han recibido las últimas impresiones de la vigilia, no duermen, han trabajado toda la noche y son las primeras que se presentan á nuestra memoria al despertar. Así no es extraño que una mujer á quien se anestesia para una operación quirúrgica y que, como es natural se duerme temiendo por su pudor, se despierta con esa idea y crea, como ha sucedido alguna vez, que han abusado de ella, acusando á alguno de haberla violado. Se citó en clase el caso de un dentista que tuvo necesidad de anestesiar á una joven para

mitigar la sensación de dolor, y la cual al volver en sí acusó al mismo de haberla violado. Se siguió el procedimiento de estilo, y resultó que era virgen, quedando así constatación de la inocencia del violador supuesto.

En la tercera cuestión, relativa á determinar que la mujer es menor de doce años cumplidos y á la que hace referencia el núm. 3.º del art. 276 del Código Penal, los datos recogidos al tratar de la identidad pueden servir á los peritos para resolver sus dudas aproximadamente.

Entrando á considerar la cuestión en general, nos importa averiguar las deformaciones que produce el acto en el órgano de la mujer.—Hay que tener en cuenta que el mismo efecto produce el órgano natural que un objeto cualquiera, y que en consecuencia la cuestión es de solución dudosa.

La determinación de si los flujos ó úlceras son ó no producidas por contagio, dato que es muy importante en estos casos de violación, es una cuestión puramente médica.

Las manchas encontradas en las ropas pueden ser un dato también de interés, tanto más cuanto nuestra ley admite que la simple aproximación sexual puede constituir violación. El reconocimiento de esas manchas se hace merced al examen microscópico, y de esta manera se ve si hay ó no espermatozoides.

2.—*Estupro.*—En el estupro la cuestión culminante es la de determinar si ha habido ó no desfloración.—En algún tiempo se negó la existencia en la mujer del himen, signo físico característico las más veces de la virginidad, diciendo que ésta no era otra cosa que una ilusión de la fantasía del hombre. Pero esto no deja de ser más que una de esas atrocidades á que daba pábulo el relajamiento de costumbres dentro de la corrupción de una sociedad.

En realidad se puede admitir que hay una membrana que indica la virginidad.

En la mujer la virginidad puede ser física ó moral. La primera resulta de la integridad del himen, y la segunda consiste en que éste permanezca intacto sin conocer varón. Sin embargo, esto no lleva á sostener lo mismo con respecto á otros arbitrios, pues aun habiendo coito puede existir la virginidad, según cómo se la considere. En la antigua Siria las vírgenes antes de casarse debían prostituirse á los extranjeros y ganar así su dote. En algunas de las Islas Filipinas la desfloración es la cosa más natural; y aun han existido y existen países salvajes en los cuales el desflorar es una profesión, siendo mirado el que la ejerce de la misma manera que el verdugo.—En estos casos existe la virginidad moral, aunque no la física.—En consecuencia, la virginidad moral puede existir sin la física y ésta sin aquélla.

Otro caso en que hay virginidad moral y no la física, se presenta en las ocasiones en que esta última se ha perdido á consecuencia de ciertas enfermedades en las niñas. Como se dijo anteriormente, estas enfermedades pueden traer por consecuencia la rotura del himen, cosa que es necesario tener en cuenta para evitar equivocaciones desastrosas.

¿Es posible el acto sin la destrucción

del himen? Sí, puesto que la forma de éste varía: en unas mujeres es estrecho; en otras es amplio, tiene la forma de anillo, y en este caso, introduciendo un cuerpo extraño, se extendería sin romperse.

En resumen, para determinar la virginidad los peritos irían á buscar el himen: si éste existe la mujer es virgen; sino no lo es. Ahora, como la ruptura del himen puede ser debida á enfermedades, los peritos deben pronunciarse sobre esto.

JOSÉ FERRANDO Y OLAONDO.

(Continuará.) Pag. 348.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

JOSÉ S. CHOCANO. EN LA ALDEA. POESÍAS. LIMA, BIBLIOTECA DE «EL PERÚ ILUSTRADO», 1895. 1 vol. en 8.º menor, rúst. Col.: Retrato del autor, anteport., port., 4 págs. s/n., 127 págs.

José Santos Chocano es uno de los poetas que marchan á la vanguardia de la nueva generación americana. Su reputación, después de haberse extendido por todo el Continente, ha trascendido más allá de los mares y ha logrado la sanción de la crítica española. Le distinguen la facilidad y riqueza de la forma, la abundancia y nobleza de la dicción y el brillo de la imagen. Es un espíritu poético de múltiples facetas y de admirable flexibilidad, pues por igual domina el verso épico, altivo, majestuoso, que la estrofa íntima y suave y la descripción serena y apacible.

Su colección de versos intitulada *En la Aldea* le exhibe en esta última faz de su talento.

Cuadros de la naturaleza, llenos de intenso colorido; escenas de la vida de campo; sentimientos y sensaciones despertados por la contemplación de las bellezas del mundo físico y por el reposo de la existencia alejada del tumulto de la ciudad; he ahí el contenido de la poética colección que nos ocupa. El lenguaje, el ritmo, la imagen, tejen galana vestidura á esa fresca y balsámica poesía.

Véase, como ejemplo, la composición intitulada *Las Aves*:

Cuántas aves que anidan sin recelo
en un árbol, que es luego cruz ó nave,
tienden por fuerza misteriosa y grave,
como el árbol también, al mar ó al cielo.....

El ave es ambición que huye del suelo
y es alerta estentóreo ó trino suave;
que el canto más glorioso es el del ave
y la línea más pura es la del vuelo.....

No importa—ya que el sol rasga las brumas—
que el mal persiga al bien: el buitre altivo
á la paloma, hecho un Satán con plumas;

que, mientras alas tengan y garganta,
serán las aves el emblema vivo
de todo lo que vuela y lo que canta!

JOSÉ S. CHOCANO. AZAHARES. VERSOS LÍRICOS. 1896. Imprenta del Estado. 1 vol. en 4.º s. s. Col.: Retrato, port., dos págs. s/n. de ind., 82 págs.

El título de esta colección de poesías ex-

presa simbólicamente el género á que pertenece.

Chocano, que se nos revela en el libro anteriormente citado como excelente poeta colorista, manifiéstase en el de que se trata, como apasionado y original poeta amatorio.

Es ésta la última obra del autor, quien lleva publicadas además las siguientes: *Iras Santas*, poesías, *Selva virgen*, idem., *Palabras*, prosas sueltas.

REPUBRO, POR EUGENIO DESCHAMPS. Sin pie de imprenta. 1 foll. en 8.º Col.: 8 págs.

El señor Eugenio Deschamps, emigrado político dominicano, publica en los Estados Unidos este vigoroso panfleto, donde formula las más graves acusaciones contra el actual gobernante de su país.

Careciendo de datos para formar juicio sobre la actualidad política de la República de Santo Domingo, y apartándose, por otra parte, este asunto, de los que son propios de la índole de esta publicación, nos limitamos á dejar sentado que el opúsculo está escrito en estilo enérgico y brillante, y que se transparenta en él la sinceridad de quien lo ha escrito.

ADOLFO MASPES. LA KERIDA (L'AMANTE). TRADUCCIÓN DE KÁRLOS GONZÁLEZ UGALDE. BALPARAISO, KÁRLOS KABEZON, EDITOR, 1897. 1 vol. en 8.º, rúst. Col.: 256 págs. num. y una s/n.

El conocido y meritorio escritor chileno don Carlos Cabezon es á la vez un entusiasta propagandista de la reforma ortográfica del fonetismo, que cuenta con numerosos partidarios en la República trasaúdina.

Varias son ya las obras publicadas por el señor Cabezon, como autor ó editor, con objeto de popularizar el uso de la ortografía fonética, en que están escritas.

La traducción hecha por el señor Carlos González Ugalde de *L'Amante* de Adolfo Maspes, es el último de los libros que el Sr. Cabezon ha dado á la publicidad. Forma un elegante volumen, cuyo contenido es digno, por cierto, de la forma primorosa con que se le presenta.

LA UNIFIKAZION DE LAS MEDIDAS, POR K. NEWMAN. BALPARAISO, KÁRLOS KABEZON, EDITOR, 1897. 1 vol. en 8.º menor. Col.: 61 págs.

Publica esta obra, como la anterior, el señor Carlos Cabezon, con igual objeto de propaganda ortográfica. En cuanto al tema sobre que versa, basta la enunciación de su título para darse cuenta de su interés. El señor Newman, basándose en el estudio de los importantes trabajos dedicados á la gran cuestión de la unidad de medidas por autores como Bello, Bosscha, Clark, Dawson, Gore, etc., etc., dilucida ese tópico de universal interés y llega á la conclusión formulada en las siguientes palabras del profesor norteamericano Mendenhall, que Newman hace suyas:

« Debemos esperar que en un futuro próximo la *libra* y la *yarda* con sus innumerables é irracionales derivados, reliquias de los albores de la civilización, dejarán de

existir, siendo reemplazadas por la elegante sencillez del metro y del kilogramo. No debemos, pues, temer que el arqueólogo de los siglos futuros, al venir á examinar las ruinas de nuestras ciudades, destruidas por un cataclismo geológico, y describir nuestras libras y nuestras yardas, nos clasifique con otros pueblos semi-bárbaros. » « Creemos—añade Newman—que las palabras del eminente profesor pueden aplicarse perfectamente á Chile, ya que en nuestras futuras ruinas no se encontrarán libras ni varas. »

LIBRO DE REDACCION, POR TOMÁS GUEVARA. SANTIAGO, IMPRENTA MEJÍA, 1896. 1 vol. en 8.º. Col.: 138 págs.

El competente gramático chileno don Tomás Guevara, catedrático en el Liceo de Angol, acaba de publicar esta obra pedagógica, cuya advertencia preliminar, que á continuación reproducimos, da idea de su carácter é importancia.

« Los programas universitarios no sólo han dado á la redacción un carácter obligatorio, sino que la consideran como el fin principal del curso de castellano.

« Nada más lógico que esto, porque escribiendo continuamente, el alumno practica la gramática, en especial la ortografía y la sintaxis; adquiere seguridad en el uso del vocabulario formado en la lectura y consigue la concentración de la enseñanza, ó la unión y enlace de los diversos ramos.

« Esta misma importancia de los ejercicios de redacción debería ser motivo para hacerlos más continuos. Los programas oficiales los circunscriben sólo á siete composiciones anuales. Tal número es sin duda escaso, pues apenas bastaría un trabajo quincenal para obtener un resultado provechoso.

« No hay que olvidar además que la composición es el escollo de la asignatura de castellano, tanto para los estudiantes como para los profesores.

« En efecto, el alumno parece que después de uno ó dos ejercicios quedara expedito en una orden de composiciones; pero si se le hace redactar dentro de poco tiempo, los resultados son nulos.

« Por lo que se refiere á los profesores, sucede que muchos no tienen un plan fijo, y de ensayo en ensayo pierden un tiempo que con más método utilizarían perfectamente.

« Existe otra dificultad: la falta de textos especiales sobre la materia. Los que hay actualmente no son adecuados para los primeros años de estudio para la enseñanza secundaria. El excelente libro del señor Muñoz Hermosilla, *La enseñanza de la lengua materna*, ha sido escrito para la primaria, como han sido arreglados para los cursos superiores de humanidades las obras tan recomendables de los señores Barros Arana y René Moreno, *Manual de composiciones y Elementos de literatura*.

« Hay libros especiales en alemán y francés que, según entiendo, no han sido traducidos al castellano, y otros que no se hallan en nuestras librerías, como el *Curso superior de composición* de Quackenbos, de Estados Unidos.

« Estas consideraciones me han inducido

á compaginar algunos apuntes y á publicarlos, por si fueran de alguna utilidad para los profesores y los que individualmente deseen adquirir ciertos conocimientos elementales é indispensables para componer algunas piezas de aplicación práctica en la vida social.

« Por último, el plan de este libro es muy sencillo.

« Las composiciones del primer año se redactan por el alumno mediante una disposición previa arreglada con el auxilio del profesor.

« Las del segundo, con una disposición más corta y más lato desarrollo.

« Las del tercero, libremente.

« El procedimiento es inductivo, como puede verse: de la intuición de los modelos ó ejemplos se pasa á la abstracción, ó conocimientos de la regla, y á la aplicación ó práctica.

« Con ese propósito se ha puesto en los primeros capítulos un brevísimo interrogatorio que sirva como de ligera indicación y no como de invariable, estereotipada y rutinaria lección modelo. »

ORGANIZACIÓN DEL PODER EJECUTIVO EN LA REPÚBLICA DEMOCRÁTICA: EL PARLAMENTARISMO. TE-ÍS PRESENTADA Á LA JUNTA DIRECTIVA DE LA FACULTAD DE DERECHO Y NOTARIADO DEL CENTRO, POR DOMINGO MORALES, PARA RECIBIR EL TÍTULO DE ABOGADO. GUATEMALA, TIPOGRAFÍA NACIONAL, 1896. 1 vol. en 8.º menor, s. s. Col.: 159 págs. num. y una s/n.

Este libro ha sido presentado, como lo indica su título, á la Facultad de Derecho de Guatemala, por su autor, el señor Domingo Morales, con objeto de optar al grado de doctor en jurisprudencia.

Se sostiene en él la necesidad de la unidad de poder administrador y que tal unidad obedece al carácter perentorio de sus determinaciones; que cuando la autoridad se distribuye entre diferentes miembros, en vez de favorecer, se entorpecen los planes del gobierno en tiempos de paz y se crean conflictos insolubles en los momentos críticos de la guerra.

Fundándose en ésta y otras verdades que hoy pueden considerarse axiomáticas en la ciencia constitucional, el señor Morales llega á la conclusión de que es necesario combatir en América el régimen parlamentario, tan opuesto á nuestras prácticas como al derecho y la justicia.

He aquí en dos palabras expresado el pensamiento que informa este trabajo:

« Física, libranos de la metafísica! exclamaba un sabio de la antigüedad. Á su ejemplo, podemos nosotros decir: *Democracia representativa, libranos del parlamentarismo!* »

TIROTEOS (COLECCIÓN DE ARTÍCULOS MILITARES), POR ADOLFO M. DELGADO, CAPITÁN DE ARTILLERÍA. MONTEVIDEO, IMPRENTA A VAPOR DE LA NACIÓN, 1897. 1 vol. en 8.º, s. s. Col.: 157 págs. num. y dos s/n.

El título de esta serie de artículos indica la carrera de su autor. Efectivamente, el señor Adolfo M. Delgado es capitán de nuestro ejército y pertenece al núcleo de los militares jóvenes que en nuestro país tratan de ennoblecer con el estudio la carrera de las armas.

Todos los tópicos de que el libro del señor Delgado se ocupa, se relacionan con la milicia, como son: la guerra, servicio militar obligatorio, la prensa y el ejército, la guardia nacional, defensa de las fronteras, el ejército y la política, etc.

El criterio á que obedece el autor en la dilucidación de los problemas varios de que su libro trata, está inspirado en el más grande entusiasmo por el lustre y el adelanto del ejército.

Oportunamente el señor Delgado publicará una nueva obra con el título de *Cuentos marciales*.

Se pueden juzgar los méritos literarios del escritor militar y la índole de la obra próxima á publicarse, por la lectura del cuento que en el presente número se inserta.

UN MUCHACHO. (CUENTO). POR MANUEL M. OLIVER. 1897. Buenos Aires. 1 foll. en 12. Col.: 40 págs.

Un Muchacho es un cuento con pretensiones de novela corta escrito por un muchacho inteligente y trabajador, cuyos trabajos literarios se publican en casi todas las revistas de Sud-América: nos referimos á nuestro colaborador Manuel M. Oliver.

Laborioso, activo, incansable, fecundo, consagra Oliver los ratos de ocio que le dejan libre sus ocupaciones de periodista, á lo que es el supremo anhelo de su vida: al culto de las bellas letras, para lo cual tiene verdadera vocación y dotes recomendables.

Demuestra lo último el cuento impreso á que acusamos recibo, dedicado á la simpática figura literaria de Carlos Vega Belgrano.

MALTUS. GONZALO. (SOMERO ANÁLISIS POLÍTICO). RIVERA, LITOGRAFÍA Y ENCUADERNACIÓN LA FRANCE. 1896. 1 foll. en 8.º, de 14 págs.

Tendente á combatir la existencia de los dos bandos tradicionales que luchan en la política de este país, el opúsculo de que es autor el señor Cosío pone en evidencia lo estéril y criminal de las guerras fratricidas y la necesidad patriótica, para el hombre bien intencionado, « de buscar la verdad, aunque ésta le sorprenda desagradablemente ».

El folleto está escrito en estilo sobrio, claro y sencillo, y revela en su autor cualidades que lo recomiendan como prosista de combate.

SUETOS

Del conocido é inspirado poeta Justo A. Facio, uno de los más distinguidos cultores de la poesía decadente en Centro-América, hemos recibido la atenta carta que sigue, cuyos términos tan honrosos como benévolos obligan nuestra gratitud.

Señor don Daniel Martínez Vigil

Montevideo.

Distinguido señor:

Tuve el gusto de recibir la bondadosa carta que V. me escribe con fecha 6 de setiembre último y le doy las gracias por la fina invitación que en ella se sirve hacerme para que colabore en la importante revista

literaria que con otros hombres de letras redacta V. en esa ciudad. Muy honrosa es para mí esa invitación, á la cual espero corresponder muy pronto con el envío de alguno de mis insignificantes trabajos.

He leído los números de la REVISTA NACIONAL que junto con su referida carta tuvo V. la bondad de enviarme, y me complazco en manifestarle que, según mi humilde entender, esta publicación honra á su país y recomienda altamente la labor literaria de Vds.

Confío en que querrá V. tener la bondad de continuar remitiéndome ese periódico, y á mi vez, me proporciono ahora el gusto de enviarle la publicación ilustrada que con el nombre de *La Revista Nueva* estamos editando aquí algunos aficionados á las letras.

Saludo cordialmente á sus dignos compañeros de Redacción y me suscribo de V. afímo, servidor, amigo y compañero,

JUSTO A. FACIO.

San José, C. R., diciembre de 1896.

La Redacción de la REVISTA NACIONAL ha recibido el último libro de Rubén Darío, que lleva el título de *Frosas profanas*.

En nuestro próximo número le consagramos la atención de que es merecedor, limitándonos entre tanto á agradecer el obsequio.

Al número, ya crecido, de colaboradores, con qué cuenta la REVISTA NACIONAL en los diversos pueblos de América, podemos agregar desde el presente número algunos más, cuyas firmas no habrán pasado, seguramente, inadvertidas para nuestros lectores.

La juventud literaria de Bolivia favorece por vez primera nuestras columnas, representada por el señor Tomás O'Connor d'Arlach, quien dedicándose, al mismo tiempo que al cultivo de la poesía, á estudios de historia americana, nos ofrece para en breve uno de los trabajos históricos que tiene actualmente en preparación.

Ha dejado de aparecer, según circular que hemos recibido, la interesante *Revista Literaria* de Buenos Aires, publicación que se hizo digna de general estimación y aplauso por su generosa propaganda de confraternidad literaria americana.

Una dolorosa noticia hallamos en los periódicos de Caracas.

El notable escritor J. M. Vargas Vila cuya reputación es de las que abarcan el Continente entero, y cuyos méritos de prosista brillante y crítico sagaz le asignaban puesto distinguidísimo en la intelectualidad de su patria, ha fallecido en Grecia, donde se hallaba en viaje de placer.

No ha mucho tiempo que tuvimos ocasión de admirar una vez más el privilegiado talento de Vargas Vila y la singular belleza de su estilo, leyendo el prólogo suyo que lleva la colección de poesías publicada por el joven literato venezolano Andrés A. Mata, con el título de *Pentélicas*.

Desaparece el brillante escritor en la plenitud de la virilidad y del talento. Su muerte, como la de Martí, como la de Julián del Casal, como la de Manuel de la Cruz, contribuye á hacer excepcionalmente infausta para las letras americanas la necrología de los dos últimos años.

Anunciábase desde algún tiempo, en Europa, la publicación de una nueva obra del genial escritor el Conde Tolstoi. Los periódicos europeos de última fecha nos revelan el tema de la obra, que consistirá en un estudio filosófico del *patriotismo*, y aseguran á la vez que el nuevo libro del autor de *Ana Karenine* será dado á la publicidad primeramente en Norte-América, traduciéndose luego al francés, al italiano y al alemán.

—Celébrase actualmente en Munich el tercer Congreso Internacional de Psicología. De él forman parte muchos de los más eminentes psicólogos de Europa y América, y se abordarán en sus sesiones temas de capitalísimo interés. — Como se sabe, el primer Congreso Internacional de Psicólogos se celebró en París, por iniciativa de Ribot y Charcot, el año 1889, y el segundo reunióse en Londres tres años más tarde. El que delibera actualmente ha sido inaugurado por el psicólogo Ch. Richter, quien leyó una memoria sobre *El Dolor*.

—El laborioso publicista chileno don Pedro Pablo Figueroa continúa la publicación de su obra *Diccionario Biográfico de Chile*, para la que ha reunido cuantiosísimos datos. — El mismo meritorio escritor acaba de dar á la publicidad un opúsculo intitulado *La historia de un maestro*, estudio crítico, biográfico y bibliográfico sobre el educacionista chileno don José Bernardo Suárez.

—El distinguido poeta colombiano Julio Galofre ha publicado con el título de *La Poesía americana* un folleto en el que se contiene un estudio crítico que reproducirá como prólogo, al frente de la colección de poesías que tiene actualmente en preparación.

—La juventud peruana, que había iniciado la idea de hacer objeto de una solemne coronación á don Ricardo Palma, ha desistido de su intento por la resistencia del popular tradicionalista á aceptar el homenaje.

El importante establecimiento de los señores Cuspinera, Teix y Compañía, «La Joya Literaria» nos ha remitido un ejemplar del interesante Almanaque para 1897, de que esa casa es editora.

La lista de colaboradores que á continuación transcribimos, dará idea de la amabilidad de la publicación:

Don Antonio Sánchez Pérez, Antonio L. Ruiz, Alfonso Pérez Nieva, Antonio Corton, Angel R. Chaves, Alejandro Larrubiera, Benlliure, Blanco Belmonte, Ceferino Palencia, Carlos Cano, Cuchy, Delgado, Figuer, Graner, Godefroy, H. Second, José M.^a Serrate, Juan Pérez Zúñiga, Julio Víctor Tomey, José Zahonero, José Rodao, José Echegaray Job, León Fogoso, Luis Taboada, Luis de Ansorena, Manuel Passo, Mariano Ferrer Lalana, Manuel Ossorio Bernard, Mars, Melitón González, Navarrete,

Pérez Argemí, R. Blanco Belmonte, Rafael M.^a Liern, Renau, René, Salvador Rueda, S. Llanas, Víctor Balaguer, Vicente Rubio, y otros.

La muy importante publicación de Caracas *El Cojo Ilustrado*, que por la selección de sus grabados y el mérito de su parte literaria es sin duda una de las mejores ilustraciones americanas, ha dado á luz el día primero del año un número extraordinario, del que acusamos recibo.

Insértanse en ese número los retratos de las damas que más se distinguen por su belleza en la selecta sociedad venezolana, y el interés y variedad que el texto ofrece contribuyen á hacer del número á que nos referimos un precioso álbum artístico y literario.

Entre las más recientes colecciones de versos publicadas en América, han merecido juicios favorables de la crítica las que á continuación citamos: *Estrofas de un poema*, por Jorge Polar, Lima; *Aves de paso*, por Máximo Soto Hall, San José de Costa Rica; *Asahares*, por José S. Chocano, Lima; *Versos*, de Enrique W. Fernández (colombiano), Londres.

—Federico Balart, el reputado crítico español que reveló sus grandes cualidades de poeta en los sentidísimos versos de *Dolores*, acaba de dar á la publicidad una nueva colección de poesías.

Se titula *Horizontes*, y contiene composiciones de alta inspiración y profundo sentimiento, como las nombradas *Meditación*, *Per umbras*, *La golondrina*, *Cumpleaños*, *Sueño dorado*, *Exhortación*, etc., etc.

Leopoldo Alas formula en el popular «Madrid Cómico» el siguiente juicio de la nueva obra de Balart:

«El libro de la temporada es *Horizontes*, la nueva colección de poesías del ilustre autor de *Dolores*.

» En muchos periódicos pienso hablar con la extensión que el asunto merece de esta nueva prueba del talento artístico de Balart; porque lo menos que se puede hacer, en estos tiempos de prosa, en que lo son hasta los versos, en favor de la poca poesía verdadera que aparece de tarde en tarde, es anunciar por todas partes su presencia.

» En *Madrid Cómico* no suelo dedicar muchos renglones al juicio de libros, y por eso no he de entrar en el examen de *Horizontes*.

» Para los que piensan que sólo añaden nuevos laureles á los ya adquiridos, los poetas, cuando su nueva obra es mejor que las anteriores, *Horizontes* no añadirá nuevos laureles, etc. Pero ese criterio es absurdo. Nuevos laureles se añaden mientras se siguen haciendo cosas buenas, sean ó no mejores que otras ya hechas.

» La carrera del poeta no necesita ser de constante progreso para ser gloriosa.

» *Horizontes* no es superior á *Dolores*, ni, en cierto sentido, tiene su importancia. *Dolores* era obra de rigurosa selección; *Horizontes*, no; pero en cambio ofrece mayor variedad y deja ver el alma del autor desde

puntos de vista nuevos.

» Balart nos hace ver una vez más, hasta en aquellas composiciones de menor empeño y asunto menos alto, que no faltan en este libro su gran habilidad de versificador castellano y el dominio magistral de la lengua.»

—La literatura española, así antigua como contemporánea, ha obtenido en los últimos tiempos señaladas muestras de admiración é interés, de parte de los literatos y del público de los otros pueblos europeos.

Se ha publicado en Stockolmo una colección de cuentos de Selles, Palacio Valdés, la Pardo Bazán, etc., traducidos al sueco. *El Gran Calcoto* de Echegaray se está representando en París con éxito enorme, y se han hecho de él tres traducciones francesas. En la Universidad de Cracovia, que cuenta hoy con más de mil quinientos alumnos, se han dado conferencias sobre la literatura española, leyéndose en una de ellas varios capítulos del *Lazarillo de Tormes*, en castellano. Tomás Shelton acaba de publicar en Londres cuatro tomos de crítica sobre el *Quijote*. Y, finalmente, otro escritor inglés ha dado á luz un extenso estudio crítico-biográfico sobre Emilio Castelar.

PUBLICACIONES PERIÓDICAS

Nos han visitado por primera vez las siguientes:

Gaceta Municipal. Guayaquil. Este semanario, órgano de la Municipalidad guayaquileña, publica, además de los documentos oficiales de esa corporación, interesantes trabajos relacionados con el fomento de los intereses públicos.

La Fraternidad. Buenos Aires. Bajo la dirección del reputado poeta español Carlos M. Egozcue, laureado más de una vez en los concursos poéticos argentinos, acaba de aparecer en Buenos Aires este periódico quincenal ilustrado, que se propone la propaganda y defensa de la Franc-Masonería en la América del Sud.

A Academia. Évora (Portugal). La *Associação Philantropica Academica* de esta ciudad lusitana publica el hermoso semanario de que acusamos recibo. La excelencia y variedad de los materiales que contiene el número que tenemos á la vista, y los nombres reputados que los suscriben, dan alta idea de la importancia de la publicación. Ella cuenta ya cuatro años de existencia y goza de merecido crédito entre las revistas de su índole que ven la luz en idioma portugués.

El Relator Salvadoreño. San Salvador (Centro América). Publicación mensual que dirige el escritor salvadoreño don Guillermo Cortés y que cuenta con la colaboración de estimables literatos centro-americanos.

Anales de Jurisprudencia. Bogotá. Esta excelente y bien dirigida publicación es órgano de la «Sociedad Colombiana de Jurisprudencia» y se publica bajo la dirección del doctor don Adolfo León Gómez. Puede clasificársela entre las mejores revistas jurídicas americanas.